



oponente, mientras otras escuelas se especializaban en técnicas de eludir, enganchar y desvío conocidas como *kagi-yari*. El naginata-jutsu añadía a las técnicas del *yari* aquellos cortes circulares particularmente adecuados para la forma curvada del naginata.

Incluso con el incremento de la popularidad de la espada a mediados de la era feudal del Japón, y el período que precedió a la restauración Meiji, en las ceremonias oficiales todavía se exhibían lanzas, y también las llevaban los guerreros que escoltaban a señores provinciales en sus viajes (conservándose las armas en perfectas condiciones en las armerías del clan). La lancia siguió enseñándose y practicándose profesionalmente en las salas de entrenamiento de las escuelas de bujutsu durante algún tiempo, pero la imagen de lanceros aislados, antes común en todos los rincones del Japón, se fue haciendo cada vez menos frecuente hasta que tales guerreros parecen haber desaparecido casi por completo. De las innumerables escuelas de bujutsu que una vez enseñaron las técnicas de naginatajutsu, sólo de unas pocas (tales como la Tendo y la Shinkage) hay noticias de que todavía estén activas en la actualidad. Sus estudiantes se ponen material protector (al igual que los estudiantes de esgrima japonesa, o kendo) cuyos principales elementos han sido extraídos de las antiguas armaduras: un protector para la cabeza (*men*), un peto (*do*) y protecciones para los brazos (*kote*), un delantal almohadillado (*aidate*) y protecciones para las espinillas (*sune-ate*). La afiladísima naginata de antaño ha sido también sustituida por un palo de roble, de 198 cm de longitud, con una hoja de bambú de 53 cm de largo, cubierta en la punta con una tapa de cuero. Este instrumento, y otros más largos, pueden emplearse contra un compañero en competición o entrenamiento, o en solitario en ejercicios formales (*kata*) o contra maniqués de tamaño natural (*uchi-komo-dai*). Las técnicas de ataque, contraataque y defensa provienen de posturas fundamentales de preparación y de desplazamientos básicos que, fluyendo suavemente desde uno al siguiente, hacen que la disciplina resultante (naginatado) sea uno de los métodos más



completo caos, desbaratando todos los intentos en favor de una administración centralizada y alterando sustancialmente el sistema de propiedad de la tierra tan laboriosamente elaborado durante la era anterior. Muchos observadores occidentales en Japón durante este período han dejado unas vívidas descripciones del comportamiento japonés cuando comenzó a desmoronarse el sistema vertical de lealtad directa que había mantenido unido al clan. En sus cartas, Alessandro Valignano, S. J., (1539-1606) muestra su consternación ante la facilidad con la que los vasallos japoneses comenzaron a volverse contra sus señores, o volvían a servir a antiguos señores sólo para traicionarlos nuevamente. Joao Rodriguez (1561-1643) destacó también la proclividad general al saqueo, la traición, el chantaje y el exterminio implacable, diciendo que entendía porque el japonés medio de la época era eminentemente desconfiado y «siempre mantenía sus armas a mano» (Cooper, 31).

En el punto álgido de este caos nacional, durante una era marcada por la llegada de los primeros europeos (1543) y la consiguiente introducción de las armas de fuego (*tanegashima teppo*, o cañas de hierro de Tanegashima), aparecieron tres hombres con una visión política y determinación infinitamente más amplias que sus compatriotas: Oda Nobunaga, Toyotomi Hideyoshi y Tokugawa Ieyasu.

Oda Nobunaga era el hijo de un administrador de las haciendas de la familia Shiba —un clan que desempeñaba la función de policías provinciales en la provincia de Owari. Desde este territorio, lanzó una serie de ataques progresivos sobre todos aquellos barones provinciales que estaban luchando entre ellos. Ya divididos, no resultaron difíciles de derrotar. Finalmente llegó a Kioto, donde, tras un breve encuentro con los agotados líderes del una vez poderoso clan Ashikaga, cerró el período que había llevado su nombre durante casi 170 años (1568). Su ascensión al poder absoluto fue interrumpida, sin embargo, por la aplicación de una estrategia bastante popular en aquellos

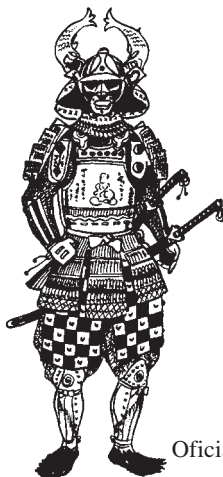
(consideradas como una «técnica rara y un tanto esotérica») se enseñaban en *ryu* especiales, cada uno de los cuales tenía un método particular de enseñar la materia, así como «terminologías y notaciones» particulares y, naturalmente, «sus propios misterios que no se imprimían en sus libros sino que se reservaban para la comunicación oral a alumnos avanzados» (Dore[2], 147).

Estas enseñanzas «secretas» de los diversos *ryu*, que «al examinarlas de cerca» Yamashita consideró que no tenían «absolutamente nada de misteriosas o sobrenaturales» (Yamashita, 265), parecen haber consistido principalmente en formas o métodos particulares de hacer algo, métodos desarrollados de un modo algo distinto de lo usual, y por tanto «inesperado». Seami, el erudito actor y dramaturgo del siglo XIV, expresó esta idea fundamental con la mayor claridad cuando, al tratar del elemento principal de una obra (la flor o la fase culminante de la representación), dijo que consistía en imponer a la audiencia una emoción que ésta no esperaba. Según Yamashita, el aura esotérica de misterio y de poder oculto típico de cualquier cultura primitiva animista generalmente sale mal parada cuando es sometida a un detallado y analítico escrutinio. «Algunos de los *hiden* de distribución de las flores tan sólo explican el modo en que deben tratarse ciertas flores para conservarlas frescas durante un largo tiempo. *Hiden* en la esgrima es con frecuencia nada más que una cierta hábil manipulación de la espada que la experiencia ha demostrado que es el mejor método» (Yamashita, 265). Aunque la existencia de tantos secretos en la cultura japonesa ha sido explicada por muchos autores japoneses como consecuencia del hecho de que «la falta de imprentas exigía la enseñanza individual, y que los profesores obtenían no pocos beneficios pecuniarios impartiendo los secretos a sus pupilos» (Yamashita, 265), de todos modos, hay que añadir para ser justos que estos *hiden* estratégicos tenían una gran importancia práctica —especialmente en el bujutsu, puesto que la vida del guerrero del Japón feudal dependía a menudo de ellos. Una vez divulgados, los modos secretos de usar esta o aquella arma en cualquiera de las especializaciones del arte de combate tendían a ser «esperados» y así a perder una gran parte de su efecto sorpresa. Esto, a su vez, imponía una tensión adicional sobre la técnica del luchador, cuando tenía que enfrentarse a un oponente que también conocía aquellos secretos y que había sido bien adiestrado en su empleo práctico en combate.

Sin embargo, aquí existía también una clara distinción entre el estafador, que (como los *ninja*) estaba siempre inventando nuevas tácticas y subterfugios,



Lancero, siglo XIV



Oficial de alto rango, siglo XVII

en el *waidate*, etcétera. Se mantenían juntas mediante encajes de hierro o cuero. Podían usarse pequeñas láminas de metal (*kozane*), encajadas con cuerdas de seda, en casi todas las partes de la armadura, alrededor y dentro de la estructura de soporte proporcionada por las grandes placas. En su *Honcho Gunkiko*, Hakuseki describe un método interesante para seleccionar estas láminas:

Había también lo que llamaban *tameshi-zane* (láminas probadas). Kikuchi Higo-no-Kami-Takemitsu, mientras se preparaba para levantarse en armas durante la era Enbun (1356-1360), tenía un guerrero fuerte (*sannin-bari*, un hombre lo bastante fuerte como para tensar un arco de *sannin-bari*, la cuerda del cual es puesta por un hombre mientras otros dos lo doblan), que disparaba a cada *kusazuri*, y luego, recogiendo los *sane* que no habían sido perforados, los mezclaba con otros en *ichi-mai-maze* (un *sane* de hierro entre dos de cuero) y encargaba hacer su armadura con ellos. (Arai, 74)

Por último, la fabricación de cadenas y de cota de malla, de todos los tamaños y modelos, se hacía tejiendo placas grandes y pequeñas para formar prendas muy móviles y comparativamente ligeras recubiertas con tela, seda o cuero enguataado.

Estudios comparativos de los materiales empleados por los fabricantes europeos y japoneses de armaduras durante la Edad Media, y de los métodos ideados para fraguarlas y adaptarlas a fin de proteger al guerrero, han demostrado que los europeos tendían a poner más énfasis en el tamaño y el peso, mientras los japoneses se concentraban en la movilidad y la ligereza. En cuanto a tácticas, en efecto, el caballero europeo usaba su armadura y la pesada armadura de su caballo para golpear al enemigo, usando todo su peso



NODACHI con indumentaria y armadura normales

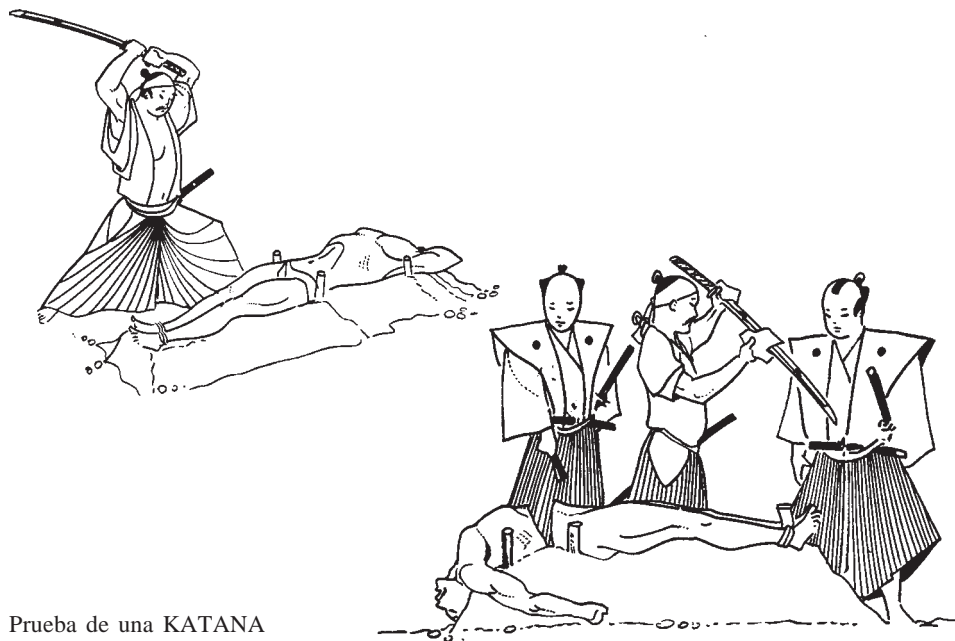
vaina de la *wakizashi*, la espada corta o puñal, servía para varios usos. Con él se daba el “golpe de gracia” a un enemigo, dirigiendo el pequeño cuchillo al corazón, y a veces se empleaba como arma arrojadiza, siendo los espadachines muy diestros en arrojarlo» (Diosy[1], 100). El uso o lanzamiento de un puñal o de un cuchillo, en movimiento o permaneciendo inmóvil de pie, y con cualquier iluminación (a menudo en una oscuridad total, o con los ojos vendados), evolucionó hasta convertirse en un arte (tantojutsu) en el que las esposas de los *buke* a menudo llegaron a ser muy diestras. Las mujeres llevaban el puñal (*kaiken*) sobre sus personas en todo momento, siendo esta arma para ellas lo que la *katana* era para sus equivalentes masculinos.

Incluso la *sage-o*, la fuerte cuerda de seda (de la que se pensaba que había derivado de las eslingas de cuerda que sujetaban la antigua espada larga o *tachi* al cinturón del guerrero y, más tarde, sujetó la *katana* a su cinto u *obi*) se empleaba de una forma especial ante un igual, cuando el guerrero no llevaba puesta la armadura. Esta cuerda

se sacaba de la *kurikata* (lazo sobre la vaina) cuando el espadachín se preparaba para la acción y era derribado, con asombrosa rapidez, por encima de los hombros y era atado por detrás de la espalda, recogiendo la totalidad de las amplias mangas y dejando de este modo los antebrazos al descubierto. Esta acción de derribo y de atar el *sage-o* se ejecutaba en un increíblemente corto espacio de tiempo (Diosy[1], 100)

Esta cuerda podía usarse también de otras maneras, tales como para atar a un prisionero o para escalar una pared, del mismo modo que las cuerdas y cordeles hallados en el equipo de los *bushi* para el campo de batalla.

Por último, había ese largo alfiler (*kogai*) con el blasón del guerrero, que llevaba en una hornacina especial sobre la vaina de su espada corta o su puñal



Prueba de una KATANA

documentos japoneses, sino también en crónicas chinas antiguas. Eran conocidos como «hijos del Japón» (*wako*; siendo *wa* el nombre chino antiguo para Japón), y procedían principalmente de las provincias occidentales de Honshu, Kyushu y Shikoku, donde, «como en la Inglaterra de la reina Isabel, los bucaneros japoneses eran financiados a menudo por familias importantes del país, que no sentían absolutamente ninguna aversión a tomar una parte de sus ganancias» (Kennedy, 75).

Estos piratas llevaban sus buques hasta las Filipinas, Tailandia, Java e incluso la India, donde, según Williams, «no se les aceptaba en ningún puerto... con armas, siendo considerados como gente tan desesperada y osada que eran temidos en todos los lugares a los que llegaban» (Williams, 30).

Había colonias de estos *wako* tierra adentro, en Nanking, y sus violentas racias desafiaron siglos de esfuerzos por parte de las flotas chinas y japonesas para reprimirlos (como, por ejemplo, en la expedición de Taira, en 1129). Especialmente activos durante los siglos XIV, XV y XVI, fueron prácticamente eliminados por Hideyoshi y los dictadores Tokugawa, que habían promulgado una prohibición de todo contacto con el mundo exterior. La aplicación de la prohibición, que no permitía a ningún japonés abandonar el país ni, después de haberlo abandonado, regresar al Japón (bajo la amenaza de una ejecución inmediata), literalmente destruyó las bases de operaciones desde las que los *wako* se habían movido en su búsqueda de riquezas y a las cuales regresaban con su botín. De todos modos, antes de que sus siglos de actividad tocasen a su fin, se habían hecho famosos en toda Asia por sus «buenas cualidades para

El cuerpo entero de la ética militar japonesa, en efecto, había sido heredado del Japón feudal, donde el vínculo de servicio y lealtad entre un servidor y su señor era tan absoluto que cualquier ataque sobre el último era, de hecho, un ataque contra el primero, el cual estaba obligado por su honor a vengar la afrenta. Todas las culturas de clan contienen el concepto de venganza institucionalizada, la *vendetta* oficial que, en la cultura militar de los Tokugawa, se convirtió en un ritual con normas y procedimientos minuciosamente detallados. El guerrero cuyo señor hubiese sido, o se considerase, víctima de algún tipo de ofensa, desde una insignificante cuestión de procedimiento hasta un insulto verbal, desde un intento de asesinato hasta un verdadero asesinato, asumía la obligación de vengar a su señor aunque para ello debiera esperar años. Esta obligación era particularmente vinculante cuando el señor de un sirviente había sido asesinado o forzado a quitarse la vida. El antiguo precepto confuciano de que nadie debe estar dispuesto a vivir bajo el mismo cielo que el asesino de su padre era interpretado por la ley y las costumbres japonesas en favor del propio señor, quien, como jefe del clan, era el padre de todos. Fracasarse en este contexto podía conllevar la deshonra más absoluta, «puesto que el hombre que se vengaba a sí mismo no sólo era considerado como un hombre de honor, sino que, además, el hombre que era lo bastante débil como para no intentar matar al asesino de su padre o su señor, era obligado a huir y esconderse; desde aquel día, era despreciado por sus propios compañeros» (Dautremer, 83). La venganza (*kataki-uchi*) se consideraba completa según el ritual cuando la cabeza del enemigo era puesta a los pies del señor o, si había muerto, sobre su tumba.

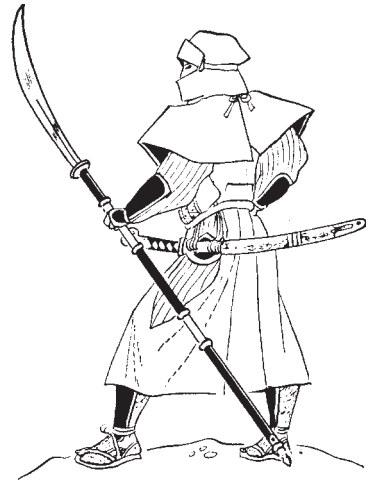
Como hombre de guerra (*bushi*), el sirviente generalmente debía estar preparado para servir a su maestro sobre todo en su faceta como guerrero. Esta obligación podía desempeñarse de modo absoluto sólo si no tenía reservas de ningún tipo sobre la posibilidad de afrontar los peligros intrínsecos en el uso profesional de las armas. Toda su filosofía, en consecuencia, giraba alrededor del concepto de desprecio absoluto por su propia seguridad, incluso por su propia vida, que, por juramento, había puesto sin reservas a disposición de su señor.

Su código de honor (Bushido) y todos los clásicos relacionados con él ponían énfasis en la cuestión de no detenerse nunca a ponderar la naturaleza, trascendencia y efectos de la orden de un superior. El *Hagakure*, un documento (escrito a comienzos del siglo XVIII) de las palabras de Yamamoto Tsuneto-



finalmente, durante el período Tokugawa (1600-1867). En cada fase, hubo una clara distinción entre la educación y el estatus de los líderes *buke* —es decir, entre la categoría y los rangos superiores de la clase militar— y la educación y el estatus de sus sirvientes y vasallos, los samurai de las categorías y rangos inferiores. Parece obvio, en efecto, que la segunda categoría no gozó de los privilegios y del estatus considerados como un derecho inherente por la primera categoría, y que incluso el estatus privilegiado de la segunda categoría (es decir, privilegiado en comparación con el resto subordinado de la nación) era todavía claramente inferior al estatus disfrutado por los líderes militares de la nación. Además, el concepto de educación tratado en estas páginas en relación con los *buke* estaba claramente limitado y definido de forma bastante estricta.

Tanto en el pasado como en el presente, los investigadores han propuesto muchas definiciones de la palabra «educación». Todas estas definiciones pueden reducirse, para una más fácil exposición, a dos tipos o, más correctamente, actitudes principales. La primera es activa y comprende todas las definiciones que hacen referencia al papel de la educación como búsqueda intelectual de y dentro de campos del conocimiento nuevos o en crecimiento. La segunda es pasiva y comprende todas aquellas definiciones que consideran la educación como un adiestramiento en el dominio de varias habilidades. El primer tipo de educación (por consiguiente, de conocimiento) comprende toda la gama o el mayor número posible de aspectos de la realidad del hombre, convirtiéndose así en una búsqueda independiente del dilema no resuelto que propone su realidad casi a cada momento. El último tipo de educación se concentra sobre todo en unos pocos, supuestamente «conocidos» y determinados, aspectos de esa existencia que reitera y vuelve a confirmar. Uno se extiende hacia lo desconocido y en todas las direcciones posibles, mientras el otro gira en torno a lo familiar y, por tanto, se mueve en una sola dirección. En este contexto, se comprende que la clase militar, por su propia naturaleza



facilidad). De la masa de referencias disponibles, Renondeau dedujo que En vivió en la segunda mitad del siglo VII, que fue un budista laico y que practicó la magia. No dejó ninguna escuela, pero sí hombres de su jaez, es decir, hombres de magia (*kenja*, *kenza* o *shugenja*), que habitaban en las montañas y que eran tan temidos como respetados por sus conocimientos y por el uso de prácticas ocultas, por aquellas habilidades que les hacían estrechamente similares a los antiguos shamanes de Asia, gran parte de cuya cultura parecen haber asimilado. Había gran demanda de ellos como curanderos o mediums (*miko*) que podían predecir el futuro o reconstruir el pasado. Los magistrados los empleaban en sus investigaciones del «otro» mundo o para sondear las mentes de la gente con sus habilidades durante el trance o hipnóticas. Los curanderos varones (*otoko-no-miko*) y mujeres (*onna-no-miko*) aparecen repetidamente a lo largo de la historia del Japón, y rastros de su presencia pueden detectarse todavía hoy en el campo.

Grupos organizados de estos «hombres salvajes» de las montañas son mencionados en documentos del siglo X, junto con los «hombres de las llanuras» (*nanushi*). Las crónicas describen a estos grupos como pertenecientes a los templos de las escuelas shingón y tendai de budismo. La doctrina Shingón (Chen-yen en chino) fue importada al Japón por Kukai (774-835), mejor conocido como Kobo Daishi, el título póstumo que le concedió el emperador Daigo. Kukai había estudiado el budismo de la secta Sanron, viajó a China y luego regresó al Japón para fundar el templo Kongobu-ji en el monte Koya, al sur de Kioto. Ordenó muchos abades, entre los cuales estuvo Saicho (762-822), un monje que también fue a la China para profundizar en sus conocimientos de la doctrina Tendai (T'ien-t'ai en chino) antes de volver al Japón para fundar una orden monástica en el monte Hiei, en el templo Enryaku-ji. Tanto la doctrina Shingón como la Tendai se basaban en la identidad fundamental del universo con el Buda-un ser supremo (Vairocana en

TABLA 10
PROGRAMA DE INSTRUCCIÓN EN EL INSTITUTO NISSHINKAN

OBLIGATORIO		OPCIONAL
Literario	Militar	
Clásicos chinos (<i>jugaku</i>)	Arte del arco y la flecha (<i>kyujutsu</i>)	Ceremonia del té (<i>sado</i>)
Religión y literatura indígenas (<i>shintō oyobi kogaku</i>)	Varias especialidades de lancia (<i>yarijutsu, naginata, bojutsu, etc.</i>)	Poesía (<i>shisaku</i>)
Caligrafía (<i>shogaku, shuji</i>)	Varias especialidades de esgrima (<i>tojutsu, kenjutsu, etc.</i>)	Versificación improvisada (<i>sokuseki</i>)
Etiqueta (<i>reishiki</i>)	Arte del combate sin armas con o sin armadura (<i>jujutsu</i>)	Caza (<i>torioi</i>)
Música clásica (<i>gagaku</i>)	Artillería y armas de fuego (<i>hojutsu</i>)	
Matemáticas (<i>sugaku</i>)	Arte de las fortificaciones (<i>chikujōjutsu</i>)	
Medicina (<i>igaku</i>)	Arte de la equitación sobre tierra y en el agua (<i>bajutsu, suibajutsu</i>)	
Astronomía (<i>temmon</i>)	Arte de la natación con armadura (<i>suiei</i>)	

Nomenclatura japonesa en cursiva

largo del país. En general, se le animaba a iniciar una carrera especializada, de acuerdo con el rango ostentado por el cabeza de familia, a quien esperaba suceder cuando el primero se retirase o muriese. Se mostraba indulgencia con los estudiantes menos dotados, a quienes se daba más tiempo y atención suplementaria con el fin de ayudarles a ponerse a la altura de los demás. El fracaso, naturalmente, significaba la desgracia absoluta, puesto que frecuentemente conllevaba (de manera característicamente japonesa) la degradación de toda la familia a un rango inferior en la jerarquía militar, debido a la incapacidad del hijo para seguir los pasos de su padre.

El clan Tsu se jactaba de tener cuatro naves para el estudio del jujutsu, tres para practicar la puntería, una para el tiro con arco, tres para montar a caballo, una para la estrategia, tres para la lucha con lanzas, tres para la esgrima y una para el «halberd» –todo ello dentro del mismo recinto, según Dore. En la mayoría de escuelas centrales y provinciales, las mañanas eran dedicadas a las disciplinas literarias y las tardes a las técnicas militares, combinando de este modo el *bun* y el *bu*. La proporción de maestros asignados a diferentes disciplinas puede obtenerse gracias a la lista de salarios incluidos en el

4

BUJUTSU ARMADO

<LA ARMADURA>

• Evolución de la armadura japonesa

La armadura vestida por el *bushi* en el campo de batalla durante el período más antiguo de la historia del Japón, así como los demás equipos protectores que usó en la última parte de la era feudal, tienen un particular interés para nosotros, porque este material protector era un reflejo y un factor determinante de la evolución y uso estratégico de aquellas armas empleadas contra él en combate.

En efecto, generalmente hay acuerdo en que las grandes especializaciones del arco y la flecha, de la lanza, de la espada y similares, florecieron durante los llamados «tiempos difíciles» que precedieron a la era Tokugawa —un tiempo de continuas guerras entre distintos clanes militares, en que cada uno trataba de conseguir una posición de superioridad sobre todos los demás. Las guerras, por tanto (igual que en la edad media en Europa), las libraron en los campos de batalla del Japón los caballeros y sus cohortes, todos equipados con armaduras protectoras. Esto, a su vez, requería implícitamente el desarrollo de métodos altamente sofisticados de utilización de varias armas para alcanzar y penetrar un objetivo bien protegido y, a la inversa, emplear tipos de armadura cada vez más sofisticados para protegerse contra los ataques y contraataques lanzados por el enemigo.

En tiempos menos belicosos, como los que siguieron a la unificación del Japón bajo los Tokugawa, las guerras de aniquilación mutua se trasladaron del campo de batalla a las calles, los palacios y los castillos, hallando una expresión particular en una serie de intrigas, asesinatos, revueltas medio

sus discípulos para ayudarles a fortalecerse y a unificar sus personalidades a fin de que pudiesen meditar bien y así alcanzar el último objetivo de su doctrina. Los resultados de sus métodos de entrenamiento dicen también que fueron sistemáticamente perfeccionados y ordenados hasta llegar a constituir un arte de percusión que se hizo popular en toda China. Nadie, sin embargo, ha podido nunca sustanciar esta teoría de un origen religioso del arte de golpear en sus dimensiones china y japonesa. Como investigador del bujutsu, el señor Hu ha comentado acertadamente que el budismo (y por tanto sus patriarcas, investigadores y monjes) generalmene abrazó un punto de vista no violento de la existencia y de los medios de compresión de la realidad del hombre y vivir bien dentro de ella. Como tal, esa doctrina y sus representantes por lo general se despreocupaban totalmente por logros mundanos de cualquier tipo (incluidos triunfos en enfrentamientos violentos). Los libros o panfletos que se supone escribió Bodhidharma dan la impresión de ocuparse en gran medida de métodos de respiración profunda, meditación y posiblemente de ejercicios calisténicos, pero no de métodos de utilización del puño o del pie como instrumentos de percusión. Además, tal como han señalado un cierto número de investigadores, métodos de combate usando puños y pies (tales como el tai-ch'i-chuan) parecen haber sido conocidos y practicados en varias formas incluso con anterioridad al año 520 a.C., cuando se cree que Bodhidharma llegó a China. Libros de lucha con los puños, tales como el *Shou-Pu*, se mencionan en listas de las antiguas crónicas de la dinastía Han. Otros, tales como el *Han-Shu-I Wenchih*, han sido compilados por Pan-Kun entre los años 32 y 92, siglos antes de cuando se cree que Bodhidharma llegara a China (520-535).

Por supuesto, siempre ha habido una tendencia por parte de algunos maestros de artes marciales de relacionar sus artes con motivaciones de una naturaleza más elevada que aquellas generalmente asociadas con el deseo de luchar. Pero, tal como se verá con mayor claridad en la parte III, estos maestros se convirtieron al taoísmo y al budismo no sólo para justificar sus métodos moralmente sino también para darse a sí mismos y a sus artes una teoría coherente y, sobre todo, ciertas técnicas para el establecimiento del control mental. Estas técnicas, que el taoísmo y el budismo habían desarrollado para sus propios seguidores, fueron consideradas por maestros chinos y japoneses de las diversas artes de lucha como medios efectivos de desarrollo de reservas de poder y coraje en sus estudiantes.



la secta Hokke estaban todavía ocupados expulsando a otros sacerdotes (los de la secta Shingón) de Kioto. Los primeros fueron, a su vez, atacados por los monjes Hiei-zan, y así sucesivamente.

Pero aunque los esfuerzos de los monjes fueron seriamente perturbados por esta disensión intramuros (que con frecuencia bordeó el caos completo), los guerreros todavía encontraron en ellos a una seria competencia en la lucha por el control del gobierno. Algunos historiadores afirman que sólo la introducción de los métodos modernos del arte de la guerra, tales como el uso de armas de fuego (mosquetes y cañones pesados importados por los emisarios portugueses, holandeses y españoles), hizo posible para Nobunaga, en el siglo xvi, desalojar efectivamente al clero militar de sus hasta entonces inexpugnables posiciones de poder.

Fue Oda Nobunaga, en efecto, quien les asestó un golpe mortal durante el período Momoyama, cuando sistemáticamente arrasó sus templos y exterminó a sus ocupantes. Los historiadores se muestran todavía conmocionados por el tratamiento dado a los templos Shin en Mikawa (1564), al gran Hiei-zan (1571), al Nagashima (1574) y al Hongan-ji de Osaka (1580). Los detalles de las batallas libradas, de la prolongada resistencia ofrecida ante asedios que llegaron a durar hasta diez años, de la matanza final de monjes y sacerdotes, llenan muchas páginas sangrientas de las crónicas de este período. El *Hoan Nobunaga-ki*, por ejemplo, describe la caída de los templos del monte Hiei:

Todo, en todas partes, desde la catedral central hasta veintidós santuarios de la montaña Rey, la torre del campanario y la biblioteca, fue quemado hasta sus cimientos. Además, las escrituras sagradas —tanto esotéricas como exotéricas— y los documentos de la capital imperial bajo generaciones de emperadores fueron destruidas de una vez. Grandes eruditos, hombres de raro talento, sacerdotes ancianos y muchachos jóvenes

válidas u obligatorias tan sólo por los *bushi*, en y respecto a sus superiores directos únicamente. Las otras clases del Japón feudal, y por consiguiente la mayor parte de la población japonesa de dicha época, no estaban tan rigurosamente sometidos a los dictados del *bushido*. A fin de cuentas, hay que tener presente que, incluso dentro de los *buke*, sólo se asignaba una importancia social menor a los samurai de bajo rango, quienes, como sirvientes, estaban considerados más como instrumentos del poder por sus privilegiados señores que como sujetos de un código basado en una categoría igualitaria para todos sus miembros. Lo que sin embargo daba a todos los sirvientes una cierta superioridad social era la actitud de absoluta subordinación a los miembros de la clase militar que la gente de todas las clases era obligada o condicionada a adoptar.

Si la moralidad se entiende en un sentido estrecho y especializado (es decir, como un sistema ético inspirado por el predominio político y militar de los *buke*), entonces no hay duda de que el *bushido* era un código excelente y apropiado. Pero este criterio no es aplicable de la misma manera cuando la doctrina del *bujutsu* intenta vincular la ética del guerrero con los valores de la calidad más elevada, válidos a escala universal para todos, en todas partes y en todas las épocas. Significativas referencias contenidas en la doctrina, de hecho, aunque confusas y complejas, parecen estar orientadas hacia los valores morales propuestos por las doctrinas supremas del Asia continental, tales como el socialmente inclinado confucianismo, el metafísico y muy humanitario budismo, el sereno y cósmicamente generoso taoísmo, y otras. El contenido moral de estas doctrinas (independientemente de las innumerables interpretaciones y distorsiones a las que se les ha sometido durante la atribulada historia de la humanidad) parece inspirado predominantemente por un soberano respeto por la vida humana en general (no sólo de la del maestro), por un sublime reconocimiento de la identidad básica de todos los miembros de esta vida. Curiosamente, los mismos privilegiados señores del Japón feudal, en aquellos raros casos en que llegaban a comprender las verdades esenciales de esas doctrinas, a menudo renunciaban a sus elevadas posiciones y a sus armas y adoptaban la severa sencillez del hombre santo, entrando a menudo en monasterios o sumegiéndose en el corazón de zonas deshabitadas.

Parece bastante obvio que, en general, el «camino» del guerrero en el Japón feudal no abarcaba este aspecto tan universal de las principales doctrinas asiáticas. En realidad, no es razonable suponer que la sociedad japonesa en



Oficiales de alto rango llevando un JIMBAORI

armaduras que se especializaban en hacer estos cascos, algunos de ellos eran incluso considerados «superiores a los cascos de cota de malla» (Stone, 346), tanto en estilo como en el grado de protección que su menor peso y sus alas más extensas solían permitir. Los *bushi* de bajo rango y sus cohortes usaban también una gran variedad de semicascos de hierro o cuero laqueado (*hamburi*, *hachi-gane*). Algunos de estos semicascos estaban cortados según un modelo que proporcionaba protección a la coronilla de la cabeza; ciertos tipos protegían la frente y las sienes, otros la frente y las mejillas, mientras un cierto número ellos protegían la cabeza y la barbilla. Eran muy ligeros y resultaban particularmente útiles en duelos en los que empleaban espadas, lanzas y puñales.

Un tipo especial de prenda que llevaban los *bushi* de rangos altos sobre la armadura recibía el nombre de *jimbaori*. Decían que se había usado en los campamentos militares antes o después de una batalla para dar a quien se la ponía una apariencia más impresionante o «al iniciar una marcha, al retirarse a descansar, en las inspecciones, en los regresos triunfales, al visitar a alguien de rango superior, en las asambleas de oficiales, al ser enviado como embajador, etc.» (Garbutt[2], 153). Sin embargo, en pergaminos antiguos vemos que son representados en el fragor de una batalla.

Por último, un tipo especial de equipo protector llevado con la armadura por los *bushi* montados a caballo es mencionado en antiguos manuscritos de *bujutsu*. Constaba de «una tela ajustada de forma holgada en la espalda del guerrero, montada de manera que se hinchase con el viento y sobresaliera de su espalda» (Stone, 299). Esta tela tenía generalmente 20 metros de largo y, tal como lo describía Conder, se componía de cinco tiras de material fuerte reforzadas con trenzas. Se exhibían de forma prominente blasones en la parte de arriba, en el medio y en el fondo. Cuando se llevaba suelta, esta capa iba sujeta en la parte superior del casco del *bushi*, y el extremo inferior se ataba

En este contexto, sin duda alguna le será útil al lector que desea seguir nuestras huellas a través del a menudo confuso laberinto de la doctrina del bujutsu y recurrir personalmente a las fuentes de información que hemos usado en la preparación de esta obra, para entender la «clave» del sistema de citas y referencias que hemos adoptado. Este sistema es, en primer lugar, genérico y global, tal como viene expresado en las listas de libros recogidos en la bibliografía de este estudio dispuestas en orden alfabético con arreglo a los nombres de aquellos autores cuyos trabajos han sido de un enorme valor al proporcionar una primera visión panorámica del bujutsu. Pero este sistema también es específico y especializado, tal como queda expresado en las citas directas que aparecen a lo largo del texto, extraídas selectivamente de las obras de aquellos autores que consideramos como fuentes de información de valor trascendental relativas a aspectos particulares del bujutsu. El lector que desee explorar cualquiera de estos aspectos particulares encontrará, al final de cada cita entre paréntesis, el nombre del autor y el número de la página en su libro o artículo que contiene el pasaje citado. El lector puede recurrir entonces a la bibliografía para buscar detalles relativos a la edición a la que nos estamos refiriendo. Por ejemplo, la primera cita de la sección titulada «La tradición militar en la historia del Japón» va seguida de un paréntesis que contiene el nombre «Hearn» y el número «259». El lector que recurra a la bibliografía bajo el encabezamiento alfabético de «Hearn, Lafcadio» encontrará el título del libro del que se ha extraído la cita: «*Japón: Una interpretación*», más detalles de la publicación, «Toquio»: Charles E. Tuttle Co., 1962». Hay, sin embargo, varios autores que han escrito más de un libro que trata del tema del bujutsu. En aquellos casos en que se relaciona más de un libro, a cada obra se le ha asignado un número, y este número aparece en la bibliografía entre corchetes y como un número superior tras el nombre del autor en paréntesis que sigue a la cita pertinente en el cuerpo del libro. Las citas de los tres estudios sobre bujutsu de Edward Gilbertson, por ejemplo, vienen identificadas con el nombre del autor entre paréntesis al final de cada cita del texto, después por un número superior 1, 2 ó 3 tras el nombre (dependiendo del estudio al que se haga referencia) y, finalmente, por el número de la página de este estudio particular. Esto proporcionará al lector la «clave» necesaria para la relación bibliográfica de las obras de Gilbertson.

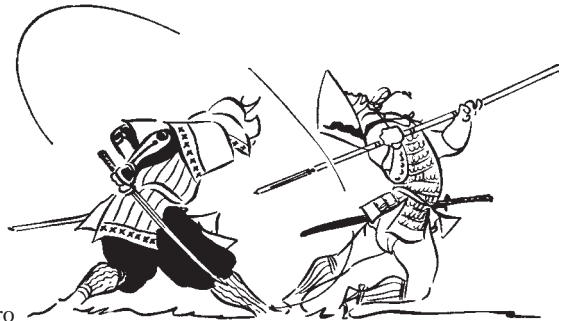
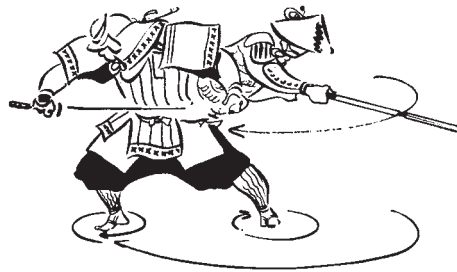
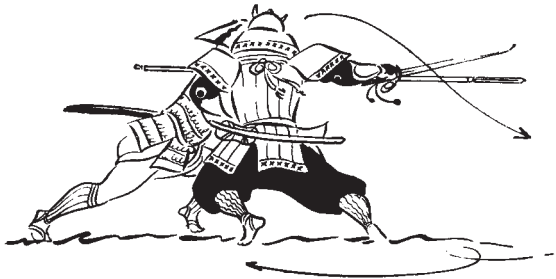
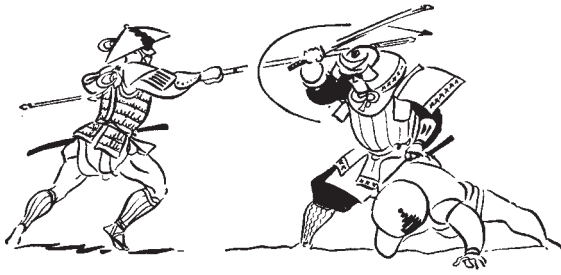
A lo largo del libro se dan nombres japoneses en el orden acostumbrado en ese país, es decir, con el apellido seguido por el nombre de pila.

TABLA 7
 ESTRUCTURA DEL
 CLAN OKUDAIRA

CATEGORÍA SUPERIOR <i>(kyunin)</i>	Daimio
	Primer ministro, chambelán, mayordomo
	Eruditos confucianos y médicos
	<i>Koshogumi</i>
CATEGORÍA INFERIOR <i>(kachi)</i>	Calígrafos y contables
	<i>Tomokosho</i>
	<i>Nakakosho</i>
	<i>Kokyakunin</i> o <i>kachi</i>
	<i>Hirasamurai, ashigaru, kogashira, etc.</i>

Describiendo el clan Okudaira de Nakatsu, Fukuzawa nos da una idea de la estratificación de funciones y denominaciones en un clan de tamaño medio (ver tabla 7). El clan Okudaira, en efecto, estaba compuesto por unos 1.500 hombres autorizados a llevar las *daisho*, o dos espadas. Estaban divididos en dos categorías, superior e inferior, teniendo la primera aproximadamente un tercio del tamaño de la segunda». En la categoría superior de guerreros (*kyunin*) estaba incluido el primer ministro, el chambelán, el administrador, eruditos confucianos, médicos y servidores de primer grado (*koshogumi*), así como «un cuerpo de sirvientes del daimio constituido especialmente por muchachos que no habían llegado todavía a la mayoría de edad». La categoría inferior de guerreros (*kachi*) incluía a los calígrafos y a los contables que desempeñaban los cargos de administradores y tenedores de libros para el clan; los sirvientes del daimio, que siempre le escoltaban, llevando sus espadas (*tomokosho*), y otros tales como los armeros, mozos de cuadra, mozos de caballos (*nakakosho*), las grandes cohortes de guardias de palacio (*koyakunin*) y los soldados de a pie (*ashigaru*). Por debajo de éstos encontramos tropas ligeramente armadas, tales como las *kogashira*, dirigidas por *chugen*.

Por último, el daimio debía al shogún el servicio de asistencia, que era oficialmente descrito como «la obligación de presentarse al shogún por turnos» o «de presentarse para servir alternativamente» –la institución de *sankin-kotai*, que obligaba a cada daimio a abandonar su provincia cada dos años y pasar varios meses en Edo en la corte del shogún. Cuando el daimio



Contraataque hacia atrás con doble giro

BIBLIOGRAFÍA

Los números entre paréntesis corresponden a los números entre claudatas que aparecen en las citas del texto.

- Abe, Tadashi, Zin, Jean. *L'Aikido: L'Arme et l'Esprit du Samourai*, 2 vols. Marseille: private edition, 1958.
- Acker, William, R. B. *Japanese Archery*. Tokyo: Charles E. Tuttle Co., 1965.
- Adams, Brian C. *The Medical Implications of Karate Blows*. South Brunswick & New York: A. S. Barnes & Co. and T. Yoseloff, 1969.
- Alcheik, Jim. *Aikido: Méthode du Yoseikan International du Japon*. Paris: private edition, undated.
- Anderson, L. J. *Japanese Armour*. Harrisburg, Pa.: Stackpole Books, 1968.
- Arai, Hakuseki. *The Armour Book in Honcho Gunkiko*. Edited by H. Russell Robinson. London: Holland Press; Tokyo: Charles E. Tuttle Co., 1964.
- Barioli, Cesare. *Manuale Practico di Karate*. Milano: De Vecchi Editore, 1964.
- Beisser, Arnold R. *The Madness in Sport*. New York: Appleton-Century-Crofts, 1967.
- Black Belt*. Monthly magazine. Los Angeles: Black Belt Inc., since 1961
- Blacker, Carmen. «Kyuhanjo». *Monumenta Nipponica* (translation and comments), vol. 9, nos. 1-2. Tokyo: April. 1953.
- Bonar, H. A. C. «On Maritime Enterprise in Japan». *Transactions of the Asiatic Society of Japan*, vol. 15. Yokohama: 1887.
- Brinkley, Captain F. (1) *Japan*, 9 vols. Boston: J. B. Millet Co., 1902.
- . (2) Ed. *Japan: Described and Illustrated by the Japanese*. Boston: J. B. Millet Co., 1897.
- Brown, William. «Japanese Management». *Monumenta Nipponica*, vol. 21, nos. 1-4. Tokyo: 1966.
- Browne, Courtney. *Tojo: The Last Banzai*. New York: Paperback Library, 1967.
- Bush, Lewis. *Japanalia*. New York: David McKay Co., 1959.
- Butler, William. *The Ring in Meiji*. New York. G. P. Putnam's Sons, 1965.
- Botow, J. C. *Japan's Decision to Surrender*. Stanford, California: Stanford University Press, 1967.
- Carver, Norman F. *Form and Space of Japanese Architecture*. Tokyo: Shokusha Publishing Co., 1955.
- Casal, U.A. «The Lore of the Japanese Fan». *Monumenta Nipponica*, vol. 16, nos. 1-2. Tokyo: April-July, 1960.
- Cheng, Man-Ching, Smith, Robert W. *T'ai-Chi*. Tokyo: Charles E. Tuttle Co., 1967.
- Cheng, Yearning K. *T'ai-Chi Chuan: Its Effects and Practical Applications*. Hong Kong: Unicorn Press, 1967.
- Cho, Henry Sihak. *Korean Karate: Free Fighting Techniques*. Tokyo: Charles E. Tuttle Co., 1969.

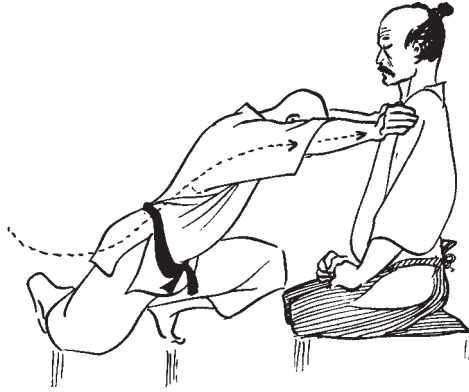
larga distancia (*enteki*) y en el estilo de disparo de lucha (*inagashi*), en el que se quita el objetivo. También se usan objetivos sofisticados (velas pequeñas, tiras pequeñas de papel, emblemas, etc.) por parte de maestros expertos en el arco, siguiendo la antigua tradición de los arqueros que eran capaces de alcanzar tales objetivos bajo las condiciones más duras, incluso en semi o total oscuridad, o con los ojos vendados.

En los tiempos antiguos, era la claridad de la ejecución, el porte y el control del arco (puestos en evidencia por el conjunto de la ejecución del arquero) lo que constituía lo más importante y esencial del kiudo, es decir, su modo funcional de lograr la coordinación deseada. El entrenamiento con el arma estaba minuciosamente especificado y ritualmente representado en secuencias de movimientos y acciones fluidas, todos completos y bien definidos en y por sí mismos, y aun así daban paso con elegancia al movimiento siguiente. Los movimientos básicos todavía conservados por las principales escuelas de kiudo son la postura (*ashibumi*) en pleno equilibrio; la concentración abdominal y la respiración (*dozukuri*); la muesca de la flecha (*yugame*); la elevación del arco al tensar la flecha (*uchikoshi*); la finalización de la extensión, con la flecha en paralelo con la línea de la boca y de la vista (*kai*); el lanzamiento (*hanare*), y la pausa final (*zanshin*) que sigue al vuelo de la flecha, con los brazos extendidos en direcciones opuestas. El ejercicio completo constituye una secuencia formal (*kata*) que se repite con plena coordinación, una y otra vez, con esta finalidad. La calma, la estabilidad mental y la plena extensión de la energía eran sus principales objetivos. Alcanzar el objetivo, aunque importante, no era el propósito principal de este arte, tal como destacaban los instructores antiguos. Ellos creían que la puntería sería la consecuencia inevitable del control y enfoque coordinado del arte.

El kiudo tradicional se practica extensamente en el Japón y en el extranjero en la actualidad, según los estilos del tiro con arco adoptados por escuelas tales como la Takeda, Shigo, Ogasawara, Hioki y Nichioku, que descienden de las todavía más antiguas Nihon, Kajima y Soken, entre otras. Pero hay indicaciones de que la disciplina en sí está cada vez más influida por los estilos occidentales de tiro con arco que ponen un mayor énfasis en la puntería en sí misma. El kiudo, en consecuencia, se está volviendo más competitivo, como podía esperarse de la amplia dimensión deportiva. Esto da lugar a que la coordinación subjetiva del individuo (niveles interiores de excelencia) se sitúe en contra y se compare con el estilo y la coordinación de otro hombre

esa realidad que parecía oscilar siempre entre extremos particulares de la vida y la muerte, la luz y la oscuridad, la alegría y el pesar, el momento y la eternidad. Para un verdadero asceta, la realidad era sustancialmente uniforme, era una y la misma cosa; por consiguiente, en el más amplio ámbito de las cosas, la muerte por la espada o por el fuego no difería sustancialmente de cualquier otra forma de muerte, incluida la transición pacífica del sueño de la vejez a la eternidad. Y la muerte era tan parte de la vida como cualquier otra de sus facetas.

El núcleo de esta teoría es pues de equilibrio, integración, ecuanimidad y armonía, un ideal que los hombres orientales habían compartido con el hombre de la cultura occidental desde tiempos inmemoriales. Ambos lo buscaban, aunque por caminos distintos, pero casi nunca llegó ninguno de los dos a comprender plenamente el verdadero significado de la teoría, ni mucho menos lograron vivir completamente de acuerdo con sus principios. Un hombre generalmente tomaba de la teoría del *haragei* aquellos conceptos que necesitaba para satisfacer necesidades particulares inmediatas, dejando para el hombre sabio (una *rara avis* en todos los tiempos) la tarea de tratar de entender su compleja totalidad y vivir según sus dictados más globales, que abarcaban a los hombres en todas partes a un nivel de ecuanimidad imparcial, como seres humanos iguales, con independencia de su grupo étnico, cultural o de sus especializaciones y funciones sociales. Quizá las propias limitaciones constitucionales y estructurales del hombre han convertido el ideal del *haragei* en inalcanzable excepto en formas fuertemente diluidas o modificadas. En el budismo, por ejemplo, el *haragei* aparece envuelto de metafísica y de un conceptualismo abstruso, intelectual como en la India, o intuitivo como en Japón. En el taoísmo está moldeado en un pancertrismo de proporciones cósmicas, y en el confucianismo está política y socialmente insertado en la inescapable pirámide del concepto asiático de la jerarquía. Débilmente percibido en su integridad por unos pocos ascetas, el *haragei* se expresaba generalmente en una lengua exótica y abstrusa para intelectuales, en ritos y formalismo para políticos, y en un cuerpo de supersticiones para las grandes masas del pueblo en Asia. Bajo los nombres más sorprendentes y en las formas más inesperadas también, el *haragei* aparece una y otra vez en las teorías y en las prácticas de varias doctrinas y disciplinas inventadas por el hombre en un esfuerzo por hacer frente a los terrores de su existencia. Como tal, ha llegado a la era moderna y todavía es evidente en los conceptos chinos de medicina



los misterios del *haragei* por instructores de judo de alto rango, todos los cuales le demostraron sobradamente su dominio en el uso del *hara* como un centro de poder (*ki*), al tiempo que expresaban una cierta divertida sorpresa ante el interés del señor West en este aspecto «esotérico» del arte del maestro Kano que, incluso en el Japón, era explorado únicamente por «muy pocos» hombres. Una demostración relativamente sencilla de estabilidad abdominal, parecida a un ejercicio de extensión concentrada bastante común en aikido (*kokyū-dosa*), le fue ofrecida al señor West por Nango Jiro, un sobrino del maestro Kano, que había sido también uno de los primeros estudiantes de judo. Este maestro «expresó sorpresa» ante el conocimiento de la existencia del *hara* por parte del señor West.

Dijo que ello no formaba parte de la enseñanza regular del Judo College, pero que me iba a ofrecer una demostración de su efectividad. Por tanto nos quitamos nuestros zapatos y nos sentamos sobre nuestras rodillas mirándonos en el suelo. Por aquel entonces yo pesaba 79 kg y me consideraba bastante fuerte. El pesaba unos 59 kg y era viejo. Pusimos nuestra mano derecha sobre el pecho del otro. En mi turno yo iba a intentar empujarlo para hecharlo hacia atrás. Empujé con fuerza, luego con más fuerza y por último con todas mis fuerzas. No se movió. Luego me empujó él y me caí. Luego dijo que esto sólo puede lograrse mediante el poder que reside en el *tanden* (Harrison, 127-128).

El mismo instructor, entrenándose con el señor West en la estera del Kodokan, y usando a propósito el *hara* en acción como centro de la estabilidad vertical, pudo neutralizar una técnica de proyección no sólo mediante «excelentes» evasiones sino también utilizando simplemente el poder de «hundimiento» del abdomen.

La demostración de *haragei* en acción dada por el fallecido Matsuura, otro instructor de alto rango del Kodokan, estaba también claramente relacionada con las dimensiones activas del combate.

En su excelente trabajo *The Fighting Spirit of Japan*, Harrison escribió que, según muchos de los maestros de bujutsu con los que habló a principios del siglo XX, los guerreros que usaban «fuerzas hipnóticas, mesmerizantes u odílicas» en combate no eran raros. De uno de éstos se dijo incluso que no había «experimentado ninguna dificultad» para derrotar al famoso Miyamoto Musashi «con nada más formidable que un ordinario abanico de papel» (Harrison, 101). Era (y todavía es hoy) extremadamente difícil concretar dónde está la línea que separa los trucos o la prestidigitación del verdadero poder y estabilidad mental, la pura sugestión del genuino coraje y energía, la ilusión de la cruda realidad. Pero está claro que de los *bushi* –por limitados que fueran en su imaginación ética y en su libertad de elección dentro del sistema– generalmente se esperaba que se abstuvieran de usar la primera categoría de tácticas, que eran consideradas fraudulentas e indignas de cualquier guerrero consciente de su dignidad. Por consiguiente, dejaremos sin respuesta esos poderes esotéricos basados en la capacidad de un hombre para nublar la mente de otro hombre. Nuestra principal preocupación aquí es explorar la evolución doctrinaria de estos poderes internos que permiten a un hombre enfrentarse a un espadachín diestro y mentalmente independiente, conservando la calma, preparado para luchar (y, además, luchar bien) con coraje y poder igual al exhibido por su oponente.

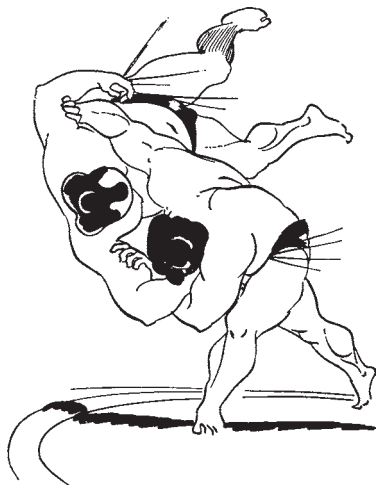
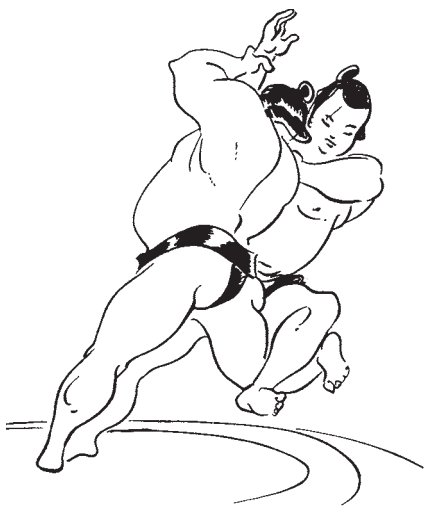
En opinión de Takuan (uno de los puntos de vista sobre el tema más equilibrado e integrador), los factores interiores y exteriores de la esgrima debían considerarse como «las dos ruedas de un carro», y, en consecuencia, el entrenamiento en el arte «nunca debía ser de un solo lado» (Suzuki, 101). No obstante, es incuestionablemente cierto que virtualmente todos los maestros de kenjutsu reconocieron la importancia primordial de la independencia mental en el control del combate. Además, todos ellos ponían de relieve que la mente debía estar libre de cualquier atadura, cualquiera que fuese su fuente y naturaleza, si se quería ejercer el control con éxito. Por encima de todo, la mente debía apartarse de la perturbadora influencia de las circunstancias «externas» del combate, tales como las armas empleadas, puesto que «cuando la mente se ocupa de la espada nos convertimos en nuestro propio cautivo. Esto se debe a que nuestra mente se ve frenada por algo externo y a que pierde su dominio» (Suzuki, 96). No se debe permitir que las actitudes, los gestos o las técnicas influyan o limiten la independencia de la mente. «En el caso de la esgrima, por ejemplo, cuando el oponente intenta golpearlos, nuestros ojos

acolchadas, o suavizadas con un laqueado para prevenir las rozaduras) procuraban una protección máxima y, al distribuir la presión más uniformemente, proporcionaban también un cierto grado de confort, aunque «el que lo llevaba no podía abrir la boca» (Stone, 445-447). Los manuales antiguos que tratan de asuntos militares generalmente incluyen instrucciones relativas a métodos de hacer frente a varias necesidades. Si el *bushi* está sediento, por ejemplo, se le aconseja beber agua caliente usando el tallo de bambú de una flecha como tubo (Garbutt[2], 180).

Tal como ocurría en casi todas las actividades de los *bushi*, la de llevar un casco fue elevada al nivel de un arte con su propia teoría y práctica –ambas dialécticamente vinculadas con las necesidades estratégicas del combate y, en definitiva, del bujutsu. Se inventaron muchos estilos que posteriormente se hicieron populares. El que consistía en llevar un casco con la visera inclinada hacia delante, haciendo más grande de este modo la extensión de la protección del cuello alrededor y detrás de los hombros del que lo llevaba puesto, por ejemplo, era conocido como el estilo del cuello de jabalí (*ikubi*). Estaba considerado como un estilo excelente para utilizarlo al luchar con una espada o una lanza, pero también se recomendaba por razones estéticas (Stone, 331).

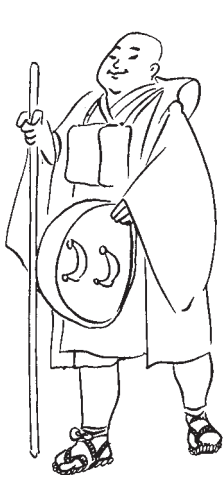
El casco era llevado en la caja especial usada para la armadura (*gusokubitsu*) al ir a la batalla, o se guardaba en un lugar de honor en casa junto a las otras armas importantes del *bushi*. De hecho, se observaba un sistema completo de etiqueta cuando se exhibía o se mostraba el casco a los invitados, quienes, por ejemplo, quizás admirarían su exterior, su decoración y su diseño, pero que no le darían la vuelta para mirar en su interior ya que este acto se consideraba muy descortés.

Los samurai de bajo rango, tales como los *ashigaru*, generalmente llevaban un tipo de casco cónico o casi plano (*jingasa*), que tenía un ala muy grande, a menudo curvada hacia arriba en la parte frontal para mejorar la visibilidad. Solía fundirse en una sola pieza con acero, cobre, hierro o con hasta veinte láminas de estos metales remachados juntos y sobrepuestos que servían para reforzar toda la construcción. También estaba decorado o realzado en relieve, con dos almohadillas circulares dentro de la coronilla, a través de la cual se pasaban cordeles que se ataban debajo de la barbilla. El *jingasa* hecho de cuero o madera primorosamente laqueada se usaba en ceremonias, desfiles y otros acontecimientos públicos, así como en batalla. Ciertos cascos de cota de malla (*kusari-zukin*), gorras de hierro o acero de varias formas con una cota



El mismo Nomi-no-Sukune se hizo famoso posteriormente por su revolucionaria sugerencia de que los criados de un señor fallecido no fueran enterrados vivos en la tumba de su señor (como era costumbre en aquella época) sino que en la misma se pusieran figuras de caballos, hombres, etcétera (*haniwa*) en lugar de hombres vivos. Por este sabio consejo (doblemente sabio porque él era también un criado), fue ascendido de rango. También se afirma que modificó la lucha, produciendo un sistema reconocible que hizo posible que los hombres jóvenes participasen en torneos con relativa confianza. Este sistema se convirtió en la base para el desarrollo y evolución de la lucha siguiendo las líneas todavía evidentes en el sumo actual. Curiosamente, antes de estos torneos, los combatientes «se consagraban a la divinidad» en ritos que hacen pensar en el preludio del pancracio en los juegos Olímpicos de la antigua Grecia.

En su originalmente modificada fórmula, la lucha es mencionada como un método sagrado de decidir cuestiones de liderazgo nacional. Miftord cuenta que en el año 858, el emperador Montoku permitió a sus dos hijos, Korehito y Koretaka, que lucharan por el trono mediante representantes. El campeón Yoshiro, luchando por Korehito, ganó la corona para el último al derrotar al campeón de Koretaka, Natora. Korehito posteriormente se convirtió en el emperador Seiwa. En la era que siguió, la lucha parece haber tomado dos direcciones principales. En primer lugar, se convirtió en una forma de representación social cuyo valor como diversión o espectáculo no ocultaba su carácter intrínsecamente sagrado. Como tal, se convirtió en una parte integral de los festivales y de otras ceremonias públicas. La emperatriz Kogyoku (642 a.C.-45 d.C.), por ejemplo, dicen que reunió a los hombres más fuertes del reino para luchar ante el enviado coreano. El emperador Shomu (724 a.C.-40 d.C.), un famoso mecenas del budismo y constructor de muchos templos,



Monje viajero



YAMAHOSHI



YAMABUSHI itinerante

especiales de guardias (*ozonakama*), formadas por sacerdotes y seculares, eran siempre asignadas para vigilar los templos importantes y proteger las propiedades sagradas contra los sacrilegios; su secularización, tras la política de engrandecimiento territorial de las autoridades de los templos, exigió la formación de unidades cada vez mayores de hombres armados, generalmente reclutados de entre las filas de monjes y sacerdotes (*tera-bushi*) o de campesinos deshauciados, soldados mercenarios, etcétera.

Sin embargo, las grandes órdenes monásticas que vivían en lo alto de las montañas, con sus cohortes guerreras de «guerreros de montaña» conocidos como *yamahoshi* y, más tarde, como *yamabushi*, figuran entre los grandes protagonistas de la historia del Japón desde el siglo X hasta los siglos XVI y XVII. Estas órdenes parecen haber evolucionado originalmente a partir de grupos de ermitaños, ascetas y otros «hombres santos» que, emprendiendo el camino de la soledad en el desierto, intentaban adquirir poderes sobrenaturales. Su búsqueda (*shu*) de estos poderes (*ken*) se condensó gradualmente en diversas metodologías (*do*) que llegaron a conocerse como el «camino de los poderes sobrenaturales» (*shugendo*). Este *shugendo*, según muchos investigadores, «no tiene un fundador» (Renondeau, 26), pero las crónicas antiguas mencionan insistentemente a En-no-Ozuno (fallecido en el año 701), mejor conocido como En-no-Ubasoku («el laico practicante») o, generalmente, como En-no-Gyoja («En, el practicante»). Los mitos y las leyendas que rodean a esta figura oscurecen tanto la historia que dan a En una gran similitud con Merlín, el mago en la corte del rey Arturo, del que también se dice que había gobernado a las personas y a los elementos desde su retiro en la montaña, así como que podía andar sobre las aguas y volar por el aire (y, por supuesto, aparecer simultáneamente en muchos lugares distintos con una insuperable

reputaciones de aquellas escuelas donde la perfección estratégica era muy pronunciada. Hubo innumerables escuelas que desarrollaron métodos de combate extremadamente efectivos a través de una hábil adaptación del principio del *ju* a sus técnicas. Las siguientes se mencionan de forma destacada (entre muchas otras) en crónicas que tratan de los bujutsu como si hubiesen sido notables escuelas de jujutsu: el *ryu* Tenjin-Shinyo, el *ryu* Takenouchi, el *ryu* Sosuishitsu, el *ryu* Kito y el *ryu* Sekiguchi. Junto con un cierto número de otras escuelas, las acabadas de mencionar formaron una síntesis modificada en la escuela de judo fundada por el maestro Kano Jigoro en el siglo XIX.

Particularmente famosa por sus varias técnicas de percusión (*atemi-waza*), de inmovilización (*torae*) y de estrangulamiento (*shime*), la escuela Tenjin-Shinyo de jujutsu es generalmente considerada como el resultado de una fusión de dos escuelas antiguas, el *ryu* Yoshin y la Shin-no-Shindo. Los orígenes del *ryu* Yoshin son todavía objeto de muchos debates en la doctrina. Muchos creen que el fundador del arte fue un médico de Nagasaki, un tal Akiyama Shirobei Yoshitoki, que fue a China en el siglo XVII para profundizar sus conocimientos en el campo de la medicina. Mientras estudiaba varios métodos de reanimación (*hassei-ho*, que posteriormente se convertiría en la compleja ciencia de *Kappo* o *katsu*), estuvo expuesto a las artes marciales chinas y a sus principios más importantes de aplicación estratégica. En particular, estudió las técnicas de percusión, que, incluso mucho más tarde, parecen haber sido la principal preocupación técnica de esta escuela. En Japón, convirtió este núcleo técnico en un completo aislamiento (cerca de un templo en los bosques), incluyendo en sus programas personales de entrenamiento ejercicios físicos y meditación. Con el tiempo, desarrolló unas 300 técnicas de combate basadas en el principio del *ju* (flexibilidad), tal como indica el nombre que le dio a este método: *yo*, que significa «sauce», y *shin*, «espíritu» o «corazón». La imagen del sauce flexible, ondulante, que rebota incluso tras el más fiero de los huracanes, mientras que el robusto pero rígido roble cae estrepitosamente ante el ataque de la tormenta, fue registrada de este modo en las crónicas de las artes marciales, sirviendo asimismo para confirmar, aunque indirectamente, la influencia china sobre esa escuela de pensamiento en Japón que sostenía que el principio de no resistencia era superior a todos los demás, no sólo en sentido moral sino también (y sobre todo para el guerrero) en la concreta y práctica realidad del combate.

El fundador de la otra escuela, la Shin-no-Shindo, dicen que fue un tal

sido el sustrato vital de la clase y se habían hecho cada vez más numerosos a medida que la inquietud política de los siglos XVI y XVII comenzó a ofrecer a muchos campesinos y –aunque en menor medida– a los habitantes de las ciudades la posibilidad de ascender social y económicamente (como hicieron en Europa los soldados de fortuna), haciéndose con una posición en una clase en claro ascenso, o enriqueciéndose con los despojos de una era turbulenta. A estos guerreros de a pie se les llegó a conocer como los luchadores de «piernas ágiles» (*ashigaru*), y esta categoría de guerreros inferiores, que estaban directamente expuestos a la ética de los guerreros de clase superior a quienes obedecían fielmente en tiempos de paz o seguían sin vacilación en el fragor de la batalla, gradualmente desarrollaron la misma adhesión e identificación con los *buke* como sus señores. De entre sus filas aparecería Hideyoshi, uno de los mayores líderes feudales del Japón, que precedió a Ieyasu como dictador militar supremo (*kampaku*) sobre todo el país.

Los *ashigaru* iban seguidos, a su vez, por numerosos «pequeños sirvientes» (*chugen, komono, arashiko*) que desarrollaban todo tipo de tareas domésticas e indignas que las categorías de guerreros superiores a ellos rehusaban realizar, con creciente regularidad.

Estas cohortes de guerreros y sus líderes podían recordar ahora aquellos viejos tiempos ya pasados, cuando una cada vez más decadente e impotente aristocracia en Kioto les arrojaba los calificativos de «bárbaros» y «rebeldes». Todos ellos habían sido denunciados en aquella época como «enemigos del estado» que «hacían un uso ilegal del poder y de la autoridad, que formaban federaciones, practicaban diariamente técnicas militares, se reunían y se entrenaban y adiestraban a sus caballos con el pretexto de la caza, amenazaban a los gobernadores de los distritos, saqueaban a la población, violaban a las chicas jóvenes y a las novias, robaban ganado y lo usaban para sus propios fines, perjudicando así el trabajo en el campo» (Leonard, 55). Como tales, si eran capturados solos o en «bandas armadas con arcos y flechas», hubo un tiempo en que las autoridades tenían instrucciones de «arrojarlos a la cárcel» como «salteadores de caminos» comunes.

En el período Tokugawa, sin embargo, de estos mismos samurai se decía que habían exhibido todos esos rasgos que les convertirían, según el punto de vista elegido por el cronista, en objeto de una incuestionable admiración (transformada con frecuencia en un culto formal) o en objeto de un desprecio y aborrecimiento absolutos sólo mitigados en unos pocos casos por lo lastimo-

Resultaría muy gratificante que, estimulados por el presente estudio, otros estudiantes de bujutsu se animaran a superar cualquier barrera estrecha o sectaria de aislamiento y exclusivismo doctrinal, escolástico u organizativo que les pudiera separar entre sí, y se zambulleran valerosamente en el estudio y análisis de registros, manuscritos y prácticas actuales relativas a las artes japonesas de combate. El diálogo o debate resultante les permitiría compartir sus experiencias y descubrimientos con otros, fomentando así el desarrollo de una perspectiva más global. Pero un diálogo, tal como señaló Sócrates, sólo puede comenzar a estimular el interés empezando en cierto punto y en cierto momento –que es exactamente lo que el presente estudio, a su modo, desde su propia plataforma de observación y con su propio método, ha emprendido.

Por último, es la fervorosa esperanza de los autores que este libro pueda demostrar ser tan estimulante para el lector como su producción lo fue para ellos, especialmente cuando inspeccionaron el multiforme paisaje de una antigua cultura y los con frecuencia trágicos pero bravos intentos de sus sujetos para hacer frente, a su manera, a las exigencias de una dura realidad. Enfrentados como estamos hoy en día con turbulencias sociales y políticas, viviendo bajo la amenaza constante de una catástrofe nuclear, todos los estudios de la experiencia del hombre en el arte de la confrontación violenta han adquirido una especial relevancia. Casi todo el mundo parece estar de acuerdo en que debe intentar determinarse si el hombre estará siempre atrapado por su inclinación aparentemente constitucional a emplear cualquier método, por letal que sea, para asegurar su dominio sobre su prójimo, o si –con el tiempo– será capaz de ritualizarlos y luego, por último, transformar ese modelo. En este empeño, los detenidos estudios del pasado del hombre, con todos sus escollos y errores sangrientos, pueden demostrar ser un necesario y valioso factor en la ecuación final.

LOS AUTORES

Nueva York

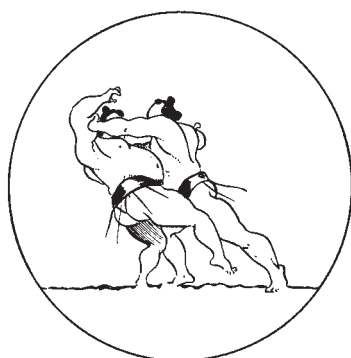
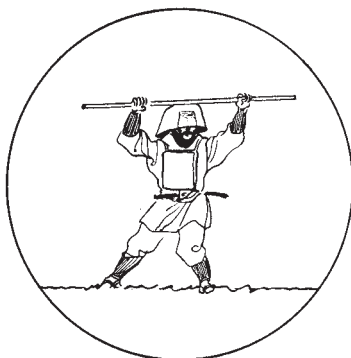
vez. Hoy, muchas familias japonesas descendientes de antiguos clanes militares todavía aprecian y conservan tales recuerdos (a menudo escritos en un lenguaje arcaico y esotérico) transmitidos a través de una larga lista de expertos marciales.

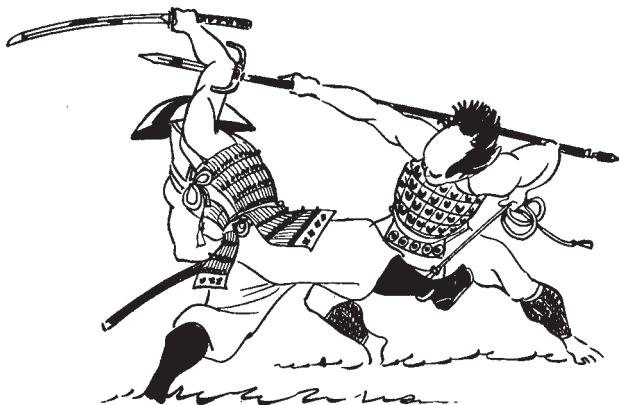
El clero militar de los tiempos anteriores a los Tokugawa generalmente recibió instrucción de bujutsu a través de guerreros retirados que, como el famoso Shingén, parece que no consideraban que hubiese nada inapropiado en satisfacer sus ambiciones violentas incluso después de haberse puesto los hábitos sacerdotales. Parece que el aislamiento y la relativa tranquilidad de los monasterios (que alentaban a los samurai a *pensar* más, en comparación con su ocupación anterior, en la que se veían forzados a *actuar* más) a menudo dieron a estos guerreros una percepción especial de las posibilidades técnicas y estratégicas del bujutsu que podían probar y perfeccionar a su gusto. Incluso tras la llegada al poder de los Tokugawa en el Japón, la fama de ciertos instructores que se habían aislado en zonas deshabitadas atrajo a muchos guerreros a sus monasterios, templos o refugios de montaña. Ciertos samurai llegarían a pasar años aprendiendo los métodos extrañamente esotéricos que habían desarrollado estos instructores, beneficiándose al mismo tiempo del régimen de austeridad que tales lugares aislados proporcionaban de forma natural, alejados como estaban de las muchas distracciones del castillo o de la vida en la ciudad. Como consecuencia directa del ejemplo establecido por esta forma más interiorizada de entrenamiento (es decir, la proporcionada por maestros ascéticos antiguos), la idea de entrenarse en laderas arboladas, en bosques o en lo alto de las montañas ha retenido su fascinación para muchos adeptos de estas formas de bujutsu moderno que tienen sus raíces en el pasado feudal del Japón.

DE LOS SAMURAI

Estudio de las artes marciales
del Japón feudal

por Oscar Ratti y Adele Westbrook





que «la halabarda es el arma especial de la mujer japonesa de sangre distinguida. La utilizada por Kesa Gozen, una de las damas de Yoshitune, el héroe del siglo XII, todavía se conserva en Asakusa. En las familias anticuadas, a las señoritas se las instruía con regularidad en la esgrima con la alabarda» (Mitford, 81). De la esposa o hija de un *bushi*, en los tiempos antiguos, «se esperaba siempre que demostrase su coraje y capacidad marcial en cualquier crisis en la carrera de su marido o de su padre. En sus manos, la *naginata* a menudo realizaba proezas destacadas, e incluso en la actualidad hay pocos espectáculos más elegantes o interesantes para ver en Japón que el manejo de esta formidable arma por una espadachín que posea un alto nivel de entrenamiento» (Brinkley[1], 157).

En el tercer grupo de puntas de lanza encontramos una confusa variedad de formas, generalmente muy especializadas. La *sasu-mata*, por ejemplo, era una lanza con una punta ahorquillada y ganchos o puntas en su base que podía usarse para cortar y perforar un objetivo no sólo en la parte frontal, sino también al volver en la parte posterior. De esta arma se dice que fue



enemigo cortándolo con un golpe mortal. El samurai de la izquierda llegó a su vez pero fue tratado de la misma manera, siendo derribado al suelo bañado en sangre con un solo golpe. Todo esto sucedió en menos tiempo del necesario para contarlo. El samurai del centro, viendo lo acontecido a sus camaradas, modificó su primera intención y salió huyendo. (Harrison, 71-72)

Entonces el *ronín* en cuestión se personó en la oficina del magistrado más próximo para informar del incidente, «según lo exigido por la ley». ¡Esto ocurrió en el siglo XIX!

Es decir que durante siglos se pudo encontrar a estos guerreros no afiliados viajando a lo largo y ancho del Japón, a menudo guardando en lo más hondo de su corazón un rencor mortal contra quienes ellos creían les habían perjudicado, es decir, contra los guerreros afiliados así como sus señores y maestros. Un número determinado de los últimos —especialmente maestros del *bujutsu*— encontraron a sus iguales en el uso de la espada o de la lanza al responder a un abierto desafío de un oscuro *bushi* itinerante, claramente sin señor. Los samurais afiliados, por otro lado, que viajaban para instruirse, muy raramente se enzarzaban en un combate mortal, puesto que viajaban por orden de sus maestros y con un propósito definido: aprender. Los *ronín*, sin señor ni objetivo, sólo tenían sus extrañas revueltas y violentas explosiones individuales, que solían convertirles en unas figuras populares entre los plebeyos, que, con sus esfuerzos, podían ver derribado a otro odiado samurai.

En interés de la supervivencia, el alcance de los conocimientos de *bujutsu* por parte de los *ronín* debía ser lo más extenso posible. Debía estar bien familiarizado no sólo con los métodos tradicionales de combate practicados por la clase militar, sino también con los empleados por la gente común, entre la cual pasaba mucho tiempo y con quien —debido al orgullo intrínseco de su

diseñado para la corte se hizo obligatorio y sustituyó al *shaku* (Salvey, 36).

El abanico plegable es considerado por muchos eruditos como un producto genuino de la inventiva japonesa, a pesar de la oscuridad de su introducción en la vida japonesa. Según Casal, «confucionistas posteriores del Japón, en su fervor por la cultura china, lo atribuyeron a China, pero China no tuvo abanicos plegables de ninguna clase hasta que fueron presentados algunos ejemplares japoneses a embajadores y visitantes ocasionales en una fecha relativamente tardía: las primeras crónicas Sung (960-1279) mencionan “abanicos japoneses”» (Casal, 83). Durante años, las crónicas de esta dinastía siguieron mencionando importaciones de abanicos plegables de Japón. En cuanto a los orígenes del *ogi*, debemos recurrir nuevamente a la rica pero en general no verificada reserva de leyendas japonesas, donde encontramos, por ejemplo, el episodio del fabricante de abanicos de Tamba, cerca de Kioto, durante la era Tenji (661-671), que ideó un abanico plegable que podía llevarse en la manga tras haber estudiado las alas de un murciélago que había caído a sus pies. Esto puede explicar el origen de un tipo particular de *ogi* adoptado por el emperador de Japón y por el shogún, construido de tal manera que tenía «la apariencia de estar parcialmente abierto cuando estaba plegado. Este efecto lo producía una articulación, o muesca en el marco exterior» (Salvey, 37). Sabemos que estos abanicos se hicieron extremadamente populares en la corte, donde eran utilizados como parte de las insignias personales, denotando rango y posición, y como símbolos de funciones ceremoniales, de modo muy similar al cetro de un rey o al palo de un gentilhomme en Occidente. A partir de los documentos deducimos que eran de estructura, material y ornamentación obviamente sofisticados porque «un cambio de rumbo completamente nuevo fue instituido cuando Minamoto No Yoritomo estableció su gobierno militar en Kamkura a finales del siglo XII, y los soldados asumieron las funciones de los *kuge*. El elegante *hi-ogi* de los nobles se militarizó para los samurai reemplazando el hueso-*oya* de madera por otros de hierro, y fortaleciendo las varillas a base de laquearlas» (Casal, 80).

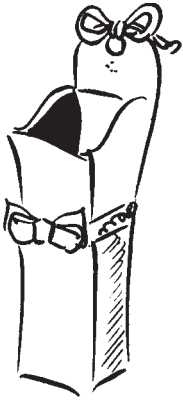
La clase militar del Japón antiguo ya había conocido y usado un abanico de guerra, aparentemente del tipo rígido redondeado (*uchiwa*), que llegó a conocerse como *gumbai*. «La fecha en que la pala matamoscas *saihai* del jefe militar se volvió intercambiable con un abanico de guerra *gumbai* rígido y

la clase militar continuaron persiguiendo con firmeza la consecución de un objetivo que creían era su destino y, en consecuencia, el destino de su país desde tiempos inmemoriales. Con el tiempo, los miembros de todas las clases del Japón comenzaron a sentirse plenamente justificados en considerar ese objetivo como suyo. A comienzos del siglo xx, este proceso de identificación militar a escala nacional se había desarrollado hasta tal punto que las autoridades habían «incluso conseguido convencer a estos descendientes de campesinos, que durante casi tres siglos habían visto denegado su derecho a poseer espadas, que no eran una clase oprimida sino miembros de una raza guerrera. El adoctrinamiento político y militar japonés tuvo desde luego un profundo y espectacular éxito» (Reischauer[1], 130).

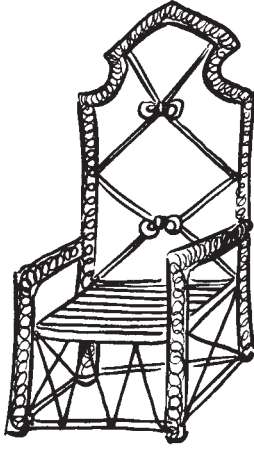
Tuvo también éxito durante el período Tokugawa, cuando la tradición militar inculcada desde arriba había obtenido las respuestas deseadas de abajo. Los repetidos intentos de innumerables plebeyos (*heimin*) a lo largo de toda la era feudal de llegar al nivel privilegiado del guerrero quedaron registrados en muchos documentos. Aunque tales ambiciones fueron oficialmente desalentadas, la posibilidad de adopción por un clan militar existió –muchos ricos comerciantes estaban dispuestos a desprenderse de sustanciales sumas a cambio del derecho a tener la insignia de un clan guerrero bordada en sus mangas.

Cuando el estatus deseado no era accesible, cualquier cosa que se le pareciese, por remotamente que fuera, servía para satisfacer la mayoría de las aspiraciones. Todas las asociaciones de plebeyos, tanto si eran de agricultores, comerciantes o artesanos (incluso el clero), estaban organizadas según el modelo vertical de la clase militar, un modelo que conectaba la antigua estructura de clan al período contemporáneo, dotándolo así de un aura de antigüedad que, en Japón (al igual que en muchos otros países), lo divinizaba.

Incluso antes de la restauración Meiji, la tradición militar había impregnado el conjunto de la vida japonesa hasta el extremo de perder su identificación original con una sola clase. Que se convirtiese en la única tradición de cada súbdito japonés quedó demostrado por el hecho de que, cuando la clase militar intentó una vez más quitarle poder al emperador, los ejércitos de «samurai espada en ristre» fueron aplastados en los campos de batalla por un ejército imperial cuyas filas estaban compuestas por reclutas procedentes de todas las clases sociales, incluidos muchos campesinos. El aplastamiento de una de estas rebeliones, después de 1868, escribió Browne.

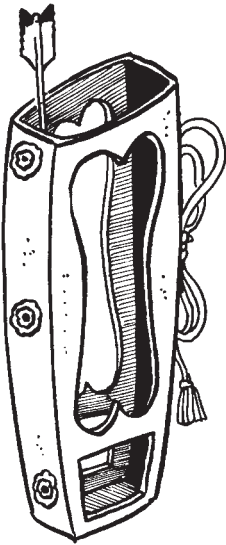
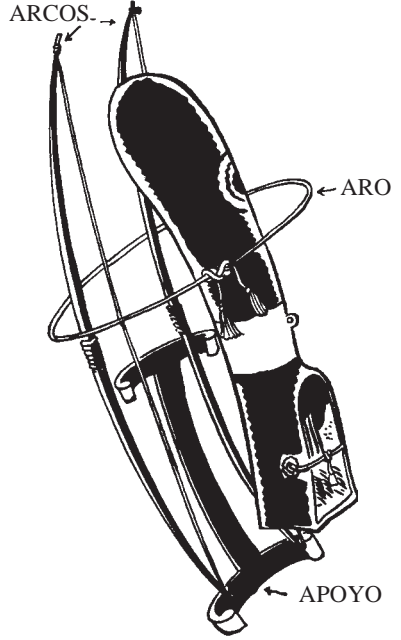


Carcaj abierto



Carcaj en pie

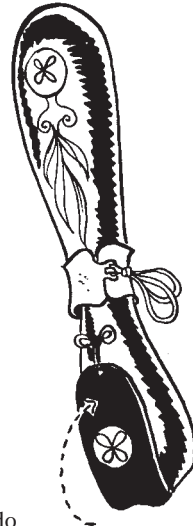
Apoyo para arco con aro manteniendo unido el conjunto



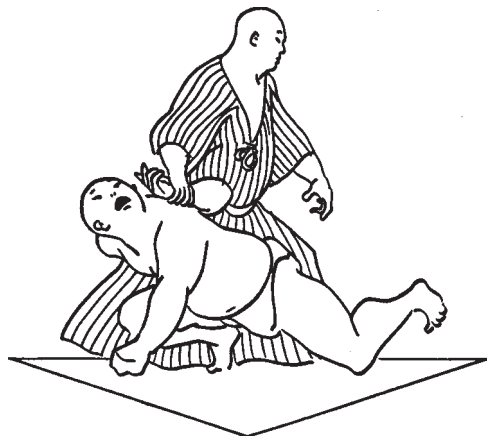
Carcaj abierto



Carcaj cerrado



Carcaj cerrado



• Las escuelas de jujutsu

El término jujutsu significa, literalmente, técnica o arte (*jutsu*) de elasticidad, flexibilidad, capacidad para doblarse y suavidad (todos estos significados son interpretaciones del ideograma *ju*). No obstante, todos estos términos representan un solo principio, un modo general de aplicación de una técnica, de utilización del cuerpo humano como arma en el combate sin armas. De acuerdo con este principio pueden aplicarse varias técnicas, y, en efecto, cada una de las muchas escuelas cuyos nombres todavía resultan familiares en la actualidad interpretan el principio de un modo altamente individual y técnicamente diferenciado, un modo que cada una de ellas procuraba mantener estrictamente secreto y que se convertía con el tiempo en la característica destacada de esta escuela concreta. Según ciertas autoridades, el arte en sí apareció durante el siglo xvii y es mencionado en libros que tratan de las artes marciales, tales como el *Bugei Shogen* y el *Kempo Hisho*. El maestro Kano Jigoro, fundador del judo (una disciplina también basada principalmente, si no enteramente, en este principio), hacía retroceder la aparición del jujutsu al período comprendido entre 1600 y 1650.

Aplicado a estrategias concretas de combate, el principio de *ju* consistía en la adaptación flexible e inteligente a las maniobras estratégicas del oponente, a fin de usar esas maniobras y la fuerza tras las mismas del oponente para subyugarlo o, como mínimo, neutralizar su ataque. En la parte III se tratará con mayor detenimiento la naturaleza y el significado de este principio. Aquí, tan sólo deseamos indicar cómo se consiguió la perfección técnica de cada interpretación estratégica del jujutsu. La cuestión vital era siempre: «¿Funciona?, ¿es efectivo en combate?». La respuesta la daban concretamente los resultados de duelos individuales y competiciones públicas entre los miembros de varias escuelas. La dureza de estos encuentros y su conclusión a menudo letal son intensamente descritos en la obra de Harrison, *The Fighting Spirit of Japan* (W. Foulsham & Co., Ltd., London):



las artes del Japón y cuyo dominio es una condición *sine que non* en cada uno de ellos» (Acker, 47).

Los ejercicios de meditación y concentración abdominal, ejecutados a menudo por arqueros en las mismas salas monásticas donde los líderes espirituales empleaban aquellos mismos ejercicios para otros fines, tales como la iluminación mística (*satori*), eran costumbre en el Japón feudal. Dicho entrenamiento tenía como intención producir un guerrero que pudiera lanzar tranquila e inexorablemente todas sus flechas contra enemigos seleccionados, incluso en medio del clamor de la batalla, o cuando se enfrentaba a una horda de enemigos a caballo hechándosele encima.

Respecto a la potencia usada por los expertos de kyujutsu en el manejo de sus poderosos arcos, incluso los manuales más modernos que tratan de este arte no pueden evitar mencionar el concepto de *ki* (a menudo utilizando la más arcaica y autoritaria denominación china, *ch'i*). Acker, que escribió una breve introducción sobre el tiro con arco japonés, se refiere a esta energía «nerviosa» o «plástica» que «corre por nuestros nervios desde una parte del cuerpo hasta la otra como la electricidad a lo largo de un cable» (Acker, 44). Esta energía, para la cual es difícil encontrar una definición exacta en la lengua inglesa, puede presumiblemente desarrollarse mediante unos ejercicios apropiados para usarla con eficacia en el kyujutsu. «La «respiración sistemática», centrada en el *hara*, era considerada naturalmente el ejercicio «más poderoso de todos» (Acker, 45) puesto que la relación entre la energía del *ki* y el aire de la respiración, ese «señor de la fuerza» (Smith[2], 34), era considerada como una identidad sustancial. Incluso hoy, a los practicantes de la moderna derivación del kyujutsu conocida como «el camino del arco y la flecha» (kyudo) se les enseña la importancia primordial de la respiración abdominal en el desarrollo de la potencia. Este ejercicio, nos dice Murakami Hisahi, se llama *ikiai*, añadiendo que «cada acción (en kyudo) debe sincronizarse con el ritmo de la



• El arte del kiai

El arte del kiai ocupó una posición única entre los métodos de combate sin armas –de hecho, entre todas las especializaciones de bujutsu. Incluso en el Japón feudal, con su fácil aceptación de las interpretaciones místicas de fenómenos, esta arte era considerada esotérica e incluso milagrosa. En esta arte, el combate sin armas alcanzó el cénit de la sofisticación ya que no había contacto físico visible entre los oponentes, y las técnicas o estrategias de combate quedaron reducidas a la extensión de una potencia pura e inmaterial (en el sentido de «no visible para el ojo desnudo»), suficiente para vencer al más débil de los dos combatientes.

El kiai, como el aiki (que a menudo se emplea indistintamente en la doctrina del bujutsu), comprende los conceptos ahora familiares de armonía y espíritu, o energía. Harrison escribió que «la palabra “kiai” está formada por *ki*, que significa “mente”, “voluntad”, “cambio de idea”, “espíritu”, etc., y *ai*, significando la contracción del verbo *awasu*, “unir”. Tal como verdaderamente sugiere esta combinación, denota una condición en la que dos mentes se unen en una sola de tal modo que la más fuerte controla a la más débil» (Harrison, 129-130). Como tal, el kiai marca el punto en el bujutsu donde los factores externos de estas artes (armas y técnicas) se subordinó a factores de una naturaleza interior (control y potencia), que, según los maestros líderes de las artes de los guerreros, convirtieron en verdaderamente efectivas y relevantes esas artes en el combate.

Lamentablemente, se sabe muy poco en Japón, e incluso menos en otros lugares, sobre el arte del kiai, que, al estar basado en un concepto tan amplio como el *ki*, se caracterizaba comprensiblemente por una cierta vaguedad de su teoría, mientras en la práctica se usaba a menudo como una cortina de humo para ocultar un absoluto fraude. Hay muchos ejemplos en la literatura de las artes marciales, especialmente en relación con el kenjutsu (ver parte III), de

escuelas de bujutsu, hacen referencia a una diversidad de prácticas y métodos que ya eran antiguos y estuvieron codificados mucho antes de que se mantuviera ningún verdadero registro. La mayoría de historiadores dicen que la escritura china fue introducida en Japón en el siglo VI, probablemente junto con los primeros textos budistas. Por aquel entonces, Japón ya había evolucionado a través de los períodos pre y protohistóricos, tales como el Jomon, Yayoi y Asuka, que culminaron en la formación de una organización política que giraba alrededor de la capital Heijo, Nara (710-84), con su resplandeciente corte imperial.

Estos períodos de desarrollo, que precedieron al período Heian (794-1185), vieron la aparición y posterior consolidación de una de las unidades sociales más antiguas de la historia de la humanidad: el clan. En muchos libros de historia, de hecho, se hace referencia a estos períodos como la era de los clanes originales (*uji*) y de los títulos hereditarios (*kabane*, o *sei*). Estas unidades emergieron de una nebulosa «edad de los dioses» (*kami-no-oyo*) y de una imperfectamente conocida fusión de tribus, algunas de las cuales aparentemente habían emigrado desde el continente asiático o desde islas del sur, mientras se cree que otras habían sido los habitantes originales de las islas del archipiélago japonés. Referencias indirectas en documentos japoneses parecerían indicar la existencia de dos tribus principales: la primera incluiría a los clanes del emperador y de los nobles (*kobetsu*), conocidas como la Rama Imperial, mientras la segunda incluiría la Rama Divina, o clanes de otros menos espectaculares sujetos (*shimbetsu*). Ambos grupos de clanes proclaman los mismos orígenes divinos, remontándolos hasta dos divinidades, Izanagi y Izanami, pero las tribus *kobetsu* supuestamente se unieron «cuando el sol comenzó a existir», mientras que las tribus *shimbetsu* se formaron «cuando evolucionaron las fuerzas inferiores de la naturaleza» (Brinkley[2], 5). Según una extendida escuela de pensamiento, parece que «los invasores de Japón, en el siglo sexto antes de la era cristiana, hallaron las islas ya habitadas por hombres de tan buenas cualidades de lucha que de la contienda entre los dos se desarrolló un mutuo respeto, y los vencidos recibieron de la nueva jerarquía una posición poco inferior a la asumida por el vencedor» (Brinkley[2], 182-183). Por debajo de estos dos grupos principales de tribus nobles estaba la «masa del pueblo» formando la Rama Extranjera (*bambetsu*). Cada clan perteneciente a una tribu particular parecía adoptar tanto directa como indirectamente (lateral y colateralmente) descendientes de los mismos antepasados, y

editorial sobre el bujutsu son Brussel & Brussel, editora del monumental *A Glossary of the Construction, Decoration and Use of Arms and Armor* (*Glosario de la construcción, decoración y uso de armas y armaduras*) de George Cameron Stone, y W. Foulsham & Company, editores del inestimable libro *The Fighting Spirit of Japan* (*El espíritu de lucha de Japón*), una obra pionera sobre bujutsu que puede conseguirse en los Estados Unidos en la Sterling Publishing Company, 419 Park Avenue South, New York, N.Y., 10016. Damos especialmente las gracias al señor H. Russell Robinson, ayudante del maestro de las armaduras en la Torre de Londres de su Majestad, por su generoso permiso para citar al *Armour Book in Honcho Gunkiko* (*Libro de armaduras en Honcho Gunkiko*), publicado por la Charles E. Tuttle Company.

Nuestro análisis de la gran diversidad de armas japonesas usadas durante la era feudal se vio facilitado en gran medida por la oportunidad de observar de cerca las colecciones del Metropolitan Museum de Nueva York y del museo Orientale de Venecia, así como las del museo Británico y del museo Victoria and Albert de Londres. Con gran diferencia, la más extensa y diversificada de estas colecciones se encuentra en el museo Orientale, actualmente albergada en el palacio Pesaro, donde ocupa una parte sustancial de la tercera planta de este antiguo palacio veneciano. Se nos dio cortésmente permiso para examinar de cerca las obras expuestas y emplearlas como base para muchos esbozos, que van desde intrincados trajes de armadura hasta un espectro completo de arcos y flechas, lanzas, espadas, puñales e incluso los elaborados estandartes usados por diferentes clanes y familias del Japón feudal. Adquirida en 1888 (veinte años después de la restauración) por Enrico di Borbone, conde de Bardi, durante sus largos viajes en Japón, la colección fue vendida en 1906 a un tratante de arte vienés que, a su vez, vendió muchas piezas valiosas a museos extranjeros y a coleccionistas privados. Los objetos que fueron presentados al gobierno italiano tras la Primera Guerra Mundial constituyen todavía una sustancial y detallada representación de armas, armaduras y equipo que cualquier estudiante serio de bujutsu puede explorar con provecho. Las fotografías de muchas de estas piezas abarcan la mayor parte del libro de H. R. Robinson, *Japanese Arms and Armor* (*Armas y armaduras japonesas*), citado en la bibliografía.

Estamos en deuda también con Routledge & Kegan Paul de la London and Princeton University Press, por su autorización para usar material de *Zen and Japanese Culture* (*El zen y la cultura japonesa*), de Daisetsu T. Suzuki; a

de la faja y con un anillo sito más arriba de la misma placa, a la altura de los omóplatos del *bushi*. En la parte posterior del cinturón se llevaba sujeto un distintivo de menor tamaño (*koshi-sashi*), hecho de papel grueso adherido a un palo corto. Otros adornos que se ponían en lugar de este pequeño estandarte «en los ataques nocturnos, emboscadas, luchas marítimas y en días borrascosos» eran las insignias llamadas *kasa-jirushi*, que colgaban del aro (*kasa-jirushi-no-wa*) ubicado en la parte posterior del casco, y la insignia llamada *sode-jirushi*, que los *bushi* se ponían sobre el omóplato derecho. Los soldados de infantería los usaban como insignias del regimiento. Sobre la armadura se llevaban borlas decorativas (*agemaki*) de varios diseños, longitudes y colores. Las más importantes eran el conjunto que colgaba en la placa posterior de la faja.

Además de las banderas, los clanes militares mostraban también un cierto número de estandartes para identificar sus casas. Se usaron extensamente en tiempos de paz y eran particularmente visibles en las carreteras, cuando los señores y las cohortes escogidas de cada clan viajaban hacia y desde Edo periódicamente. Dichos estandartes estaban hechos principalmente de madera, reforzada frecuentemente con tiras de hierro y cubiertas con laca o crines. Los estandartes con borlas y tiras eran también muy comunes. Cada clan usaba colores distintos, pero el negro, el oro y el rojo predominaban.

El más representativo de entre los signos de rango y mando adoptados por los *bushi* en las armaduras era el bastón (*sai-hai, sai*), seguido por el rígido abanico de guerra (*gumbai*) y el abanico plegable de hierro (*tessen*) –todos los cuales se examinan más detalladamente en la sección «El arte del abanico de guerra». Estos abanicos (junto con una aparentemente incontable variedad de espadas, lanzas, arcos y flechas, etc.) nos introducen en la impresionante colección de armas usadas por los guerreros japoneses, así como en sus respectivos artes.

<LAS PRINCIPALES ARTES MARCIALES>

• El arte del tiro con arco

Durante siglos, el arco y la flecha fueron «las principales armas del combatiente en el Japón» (Brinkley[1], 128). Incluso después de que la introducción de

guantes protectores para las muñecas (*kote*). A principios del siglo XIX, estos elementos se adaptaron y combinaron para formar el robusto y elegante uniforme usado en la práctica del kendo moderno.

El principal arte de esgrima, naturalmente, fue el kenjutsu: el arte de la *katana*, la espada regular. Las técnicas antiguas desarrolladas para la espada parece que fueron codificadas (pero en ningún modo agotadas) en 1350 por Choisai y Jion a quienes, en consecuencia, se considera como los inventores del sistema más importante de esgrima usado en enfrentamientos individuales en el Japón feudal. Su sistema era uno de los más rigurosos y precisos, basándose en el código ético del guerrero y empleando sus normas para regular todas las fases de la esgrima: la preparación inicial para el combate; la postura y el acto de desenvainar el arma; los desplazamientos y estrategias básicos de ataque, defensa y contraataque; las técnicas aplicadas, y, por supuesto, los objetivos particulares a atacar. A los guerreros que se respetaban a sí mismos, a sus oponentes y las normas de la esgrima ortodoxa se les exigía que se presentaran y que expusieran sus razones para entrar en combate. Este requisito era satisfecho, cuando era posible, incluso en el calor del combate en el campo de batalla. Después de tranquilizarse, los duelistas desenvainaban sus armas y avanzaban lentamente hasta situarse a la distancia apropiada el uno del otro. Cada uno asumía la postura adecuada para la estrategia que pretendía aplicar. Desde este momento, las técnicas generalmente se desarrollaban con una rapidez deslumbrante y con una concentración total. Ciertas técnicas estaban claramente identificadas mediante un número, un nombre o por su funcionalidad. Brinkley escribió, por ejemplo, que

con la espada japonesa se efectúan 16 variedades de cortes, y cada uno tiene su propio nombre, como por ejemplo el «corte de los cuatro costados», el «despejador», el «golpe de volante», el «golpe con el pico», el «amputador del torso», el «partidor de peras», el «relámpago», el «barrido con la bufanda», etcétera; nombres más caprichosos que descriptivos, pero que naturalmente poseían un significado exacto para los oídos japoneses (Brinkley[1], 142)

Particularmente famoso era el movimiento parecido a un latigazo de la hoja conocido como *kisagake*, que pudo haber evolucionado convirtiéndose en una de las técnicas antes mencionadas.

turbulenta pero comparativamente más libre, no podía reproducirse artificialmente en un breve lapso de tiempo tras tan prolongada exposición a los paralizantes controles feudales. Hacia finales del período Tokugawa, el bujutsu tradicional, así como los centros marciales de instrucción, se habían vuelto obsoletos en gran medida y habían retrocedido a los dominios de las prácticas y las costumbres con las que las naciones conservan un recuerdo de glorias pasadas. Simultáneamente, la sociedad japonesa comenzó a desarrollar nuevas prácticas y costumbres, a instituir nuevos centros de orientación y nuevas escuelas capaces de cumplir las exigencias de una era dentro de la cual el contexto histórico requeriría una transformación casi total de una tradición marcial ya fuertemente diluida. El uso de términos tales como «camino marcial» o «ética marcial» (*budo*) en lugar de «técnicas marciales» (*bujutsu*) era en efecto antiguo, puesto que se encuentran en crónicas del período Edo inicial. Pero se hizo casi absoluto a finales del período Tokugawa y posteriormente, cuando casi la totalidad de las escuelas implicadas en la enseñanza sistemática de especializaciones derivadas del bujutsu feudal se referían a ellas principalmente como especializaciones *budo*, es decir, formas educativas de alcanzar fines distintos a los buscados por los antiguos *ryu* de bujutsu.

• El sensei

En el corazón del *ryu* encontramos esta, con frecuencia, misteriosa figura de la cual dependía la misma existencia del bujutsu, así como la preservación del desarrollo de su teoría y de su práctica: el maestro de armas, el profesor, el instructor de artes marciales, el *sensei*. En este punto, el tema de la educación marcial pasa de la dimensión colectiva de los *ryu* a la dimensión individual del dispensador del conocimiento marcial. Por consiguiente, en esta sección consideraremos el papel del *sensei* como un sujeto importante del bujutsu y su relevancia en el establecimiento, preservación y transmisión de las teorías y prácticas marciales de un modo sistemático.

Tanto si estaban destinadas a ser usadas en el campo de batalla como en enfrentamientos individuales, las formas de bujutsu y la historia de las artes marciales como un todo han estado siempre profundamente en deuda con el *sensei*, ese individuo que, tanto si seguía una natural y espontánea inclinación hacia el combate como si adaptaba los conocimientos obtenidos en otros

aspectos de la existencia humana. Una observación es aquí particularmente intrigante: la lengua japonesa en los tiempos feudales no contenía ningún término equivalente de la palabra inglesa «curiosidad», ni lo tiene en la actualidad (Dore[2], 51).

Con la singular intuición de los líderes militares de todo el mundo, los miembros de alto rango de los *buke* (es decir, los señores y jefes de los diversos clanes militares) habían comprendido desde el principio que un amplio abanico de conocimientos era un prerequisite para una elección, evaluación y decisión acertadas en cualquier campo de la actividad humana. Esto, a su vez, suponía la admisión de una cierta individualidad de opinión como fundamento de la acción independiente –aun cuando la rígida estratificación de la cultura de clan era una directa negación tanto práctica como teórica de tal libertad de pensamiento o acción. La condición comparativamente igualitaria disfrutada por los nobles de la corte (*kuge*) durante el período Heian y, hasta cierto punto, por los líderes de los caballeros militares (*buke*) durante períodos sucesivos no fue más fácil de asimilar en Japón de lo que lo había sido en Grecia durante la era clásica de aquel país. Los nobles de la corte de Nara y Kioto habían sido notablemente facciosos y beligerantes en sus relaciones entre ellos, como lo fueron los barones feudales de los clanes militares de las provincias, que hundieron el país en su propia versión de caos antes de verse forzados finalmente a adherirse a la inestable tregua iniciada por Ieyasu en el siglo xvii (que abrogaron con prontitud después de 1868, una vez quebrado el dominio del clan Tokugawa y de sus aliados sobre la nación).

Plenamente conscientes de los efectos centrífugos del conocimiento sin trabas, todos los señores solían tratar de limitar el desarrollo intelectual de sus sirvientes hasta aquellos niveles que procurasen su eficiencia en el desarrollo de las funciones y obligaciones que les habían sido asignadas por otros. La preparación intelectual de los guerreros de cada clan, en consecuencia, se restringía de modo creciente conforme se descendía de rango de los niveles superiores a los inferiores. Más allá del conocimiento y la capacidad en el uso de armas específicas que se esperaba poseyesen los sirvientes de cada clan, recibían una instrucción especializada en varias funciones administrativas que, al ser hereditarias en gran medida, no solían proporcionar ninguna posibilidad para las innovaciones creativas. Hacia comienzos del siglo xvii, cada señor provincial había condicionado a sus servidores militares de un modo tan especializado que, en lugar del antiguo hombre de clan espontáneo y creativo

equivalente a la longitud de 72 arcos, en la que entonces se soltaban 50 perros para cada grupo (Kaigo, 22). La repugnancia provocada por la visión de esta carnicería sin sentido, activada y profundizada por la difusión de la influencia civilizadora del budismo en la sociedad japonesa, se tradujo en la promulgación de edictos que ordenaban a los arqueros usar flechas no letales con grandes puntas redondas en estos tiros al perro, mientras que a los perros se les protegía con fajas especiales acolchadas. Con sólo muy pocos lapsos, esta forma modificada de entrenamiento y competición persistió durante siglos.

Por último se emplearon cacerías de todos los tipos imaginables para aumentar el nivel de entrenamiento de los guerreros. Estas cacerías se hicieron muy populares entre los *bushi* hacia el final del período Heian, y siguieron siéndolo en los siglos posteriores. La práctica de establecer campamentos en el campo, sobre una colina o en las montañas durante los tiempos de paz y de buscar después caza menor y mayor para abatirla con flechas es mencionada en vivos términos en las crónicas antiguas: «Los guerreros que cazaban ciervos y jabalíes», escribe Kaigo, «conseguían honores como si hubiesen matado a un general enemigo». Dicen que Yorimoto quedó encantado cuando su hijo disparó a un ciervo en una de estas cacerías en el monte Fuji, llegando hasta el extremo de expresar su orgullo en una carta a su esposa, Masako, en Kamakura.

Incluso cuando la guerra pasó de consistir en choques entre clanes a batallas a gran escala entre ejércitos importantes, todavía se recurría a los soldados de infantería para soltar el poder concentrado en sus andanadas de flechas contra fuerzas opuestas. Además, debido a la excelencia de su arte, a los arqueros se les asignaba una posición de privilegio que conservaron hasta mucho después del siglo xv, cuando la importancia estratégica del arco y la flecha en el campo de batalla se había reducido considerablemente. Incluso todavía en el siglo xviii, «la etiqueta ordenaba que los arqueros debían situarse a la izquierda, los mosqueteros a la derecha y que la batalla se iniciase formalmente con una lluvia de flechas» (Scidmore, 360). Gilbertson pensaba que este arte, como muchos otros, probablemente llegó al Japón desde China:

Con frecuencia encontramos arqueros representados sobre trabajos de metal, especialmente en los trajes chinos, perteneciendo los personajes a la historia china. Uno de los más comunes de dichos personajes tiene

en efecto, parecen haber sido hijas o sucursales de ciertas «escuelas madre» centrales. Las últimas, sin embargo, aparentemente se diferenciaban entre sí por el tipo y grado de énfasis puesto sobre las diferentes funcionalidades del cuerpo humano en combate. Por ejemplo, ciertas escuelas centrales, tales como el *ryu* Kito, fueron famosas por sus técnicas de proyección; otras, tales como el *ryu* Takenouchi, destacaron por la perfección de sus técnicas de inmovilización; incluso otras, tales como el *ryu*, Tenjin-Shinyo, fueron famosas por la potencia de sus técnicas de percusión. Estas escuelas centrales diferían en relación con el predominio de ciertas ideas estratégicas concernientes al valor del ataque, contraataque o defensa en combate sin armas. Las escuelas de *iaijutsu*, por ejemplo, estaban inspiradas en el principio del ataque súbito y total en esgrima. Muchas ideas tácticas derivadas y procedentes de este principio de iniciativa (por consiguiente, de ataque) se filtraron e influyeron en ciertas escuelas que se especializaron en métodos de artes marciales sin armas. Otras, incluida la gran mayoría de escuelas de *jujutsu* y *aikijutsu*, estaban aparentemente inspiradas más en el principio de reacción oportuna al ataque de un oponente y por tanto centraban sus tácticas y técnicas en operar principalmente como formas de contraataque. Incluso otras exploraron el dominio de la neutralización pura en defensa. En síntesis, pues, puede decirse que los tipos y número de escuelas de combate sin armas reflejaba la amplia variedad de posibilidades de lucha inherente en el uso estratégico del cuerpo humano, posibilidades que estas escuelas exploraron y desarrollaron asiduamente, a menudo refinándolas hasta niveles asombrosos de eficacia estratégica.

El problema de la búsqueda de los orígenes de cada método y de sus escuelas relacionadas, de la determinación de cuáles eran las técnicas de combate sin armas ideadas, enseñadas y practicadas en esas escuelas, así como los principios particulares de aplicación que adoptaron, es extremadamente sorprendente, dada la documentación existente. Cada escuela, tanto si formaba parte de un clan como si se mantenía independientemente, proclamaba en uno u otro momento (tal como muchas hacen todavía en la actualidad) una originalidad metodológica y pureza de origen, evolución y carácter, aunque históricamente ha sido la interdependencia de ideas y la interrelación de las acciones de los hombres lo que ha proporcionado la base de todos los logros humanos destacables. En cualquier caso, las escuelas de *bujutsu* sin armas florecieron sobre la fuerza de los principios y estrategias que estaban encar-



rización parece haber estado justificada. Muchos guerreros y multitud de desprevenidos *heimín* (con independencia del sexo o la edad) cayeron bajo un repentino arco de acero cortando el aire a fin de aprovecharse profesionalmente de la posibilidad de una táctica por sorpresa cuando se encontraban con un oponente potencialmente peligroso —o simplemente para probar el filo de una *katana* en un cuerpo humano, en lo que llegó a conocerse como «corte en un cruce de caminos» (McClatchie[3], 62), «homicidio de prácticas», «asesinatos de prácticas» o «asesinatos para probar la espada» (Butler, 131). Hubo un cierto número de estudiantes japoneses de bujutsu que sostenían que el empleo de esta particular subespecialización de esgrima contra un guerrero que todavía no había desenvainado su propia arma no dejaba de ser una aplicación legítima del bujutsu, puesto que de los guerreros se esperaba que estuviesen preparados para enfrentarse al peligro en cualquier momento, especialmente en un mundo dominado (como en el Japón feudal) por el combatiente profesional. Esta justificación pierde su fuerza, sin embargo, cuando las víctimas eran plebeyos (*heimín*) que no eran guerreros profesionales y, además, tenían en realidad prohibido por ley llevar armas. Y es admisible sólo con una cierta renuencia, incluso en relación con los propios *bushi*, cuando un guerrero usaba el arte para coger a otro guerrero completamente desprevenido, puesto que su código ético profesional exigía al menos un mínimo de franqueza y sinceridad para indicar cuáles eran sus intenciones.

Sin embargo, el *iaijutsu* parece haber sido un modo de esgrima perfectamente justificado (y a menudo imperativo) cuando se empleaba en un contraataque casi simultáneo contra un oponente que estaba obviamente a punto de, o se hallaba ya verdaderamente en el acto de, desenvainar su espada con una intención mortífera. Los maestros más acreditados de *kenjutsu*, en efecto, entrenaban a sus estudiantes para responder inmediata y efectivamente a esta posibilidad. Un espadachín con un buen dominio del *iaijutsu* tenía que poder discernir instantáneamente la técnica que su oponente estaba a punto de emplear, a fin de poder dirigir su casi simultáneo contraataque en una dirección que la hoja de su oponente no pudiera bloquear durante el vuelo. Un

considerar significativa la relevancia estratégica de los factores internos del judo. Su cultivo mediante la técnica estática del *zazen*, además, es todavía sólo un prolegómeno al cultivo más dinámico de estos factores mediante la práctica a fondo del *kata* judo tan firmemente recomendada por el mismo maestro Kano.

Karate

Muy pocos libros japoneses sobre la interpretación japonesa de este arte hace referencia extensamente a los factores internos de la disciplina, es decir, la estabilidad mental para el control total y la extensión del poder coordinado. Pero casi nunca se olvidan de relacionar los factores anteriores con sus matrices antiguas en la teoría del *hara* y del *ki*, sistematizados en el arte del *haragei*. Debe destacarse, en efecto, que dos exponentes importantes del karate japonés (Oyama Masutatsu [Mass] y Yamaguchi Gogen) continuamente ponen énfasis en estos factores en su enseñanza y en sus escritos. El primero, efectivamente, afirma muy claramente que «toda mi atención, todo mi entrenamiento y todo mi pensamiento están centrados sobre mi abdomen» (Gluck, 23). Para él, las mejores representaciones de un experto en el arte de golpear son las estatuas de madera en las puertas de muchos templos budistas, especialmente aquellas figuras desarmadas que muestran «un desarrollo muscular abdominal exagerado. No una gran onda de músculo, sino hileras de nudos [...] Éstos no son músculos para pesos pesados, son para velocidad y potencia, más afines al desarrollo de las piernas de un hombre caminador que a la fuerza muscular de un levantador de pesos» (Gluck, 23). Ejemplos prácticos del poder coordinado de los factores internos de este arte, como el siguiente (demostrado por Oyama Masutatsu), no difieren, en esencia, de los ofrecidos por maestros de las artes marciales, tales como el fallecido maestro de jujutsu Kunishige o el maestro Uyeshiba de aikido.

Estas estatuas *nio* que agarran el suelo con sus dedos de los pies, como los gatos, son todavía una buena lección básica en karate, señaló Mass, adoptando una pose idéntica y desafiándonos a nosotros cinco para que lo moviéramos. En total pesábamos tres veces más que él, pero era como si estuviese enraizado allí. Cuando aplicamos nuestra máxima

medida de cómo se enseña y practica su arte y, por tanto, de los efectos discernibles en el carácter de estudiantes avanzados y de maestros. Sin embargo, a menudo los individuos que están en realidad practicando una forma de aikijutsu afirman ser practicantes de aikido, confundiendo así la *técnica* con el *camino*.

• Las artes de golpear

Sin duda alguna, en el Japón durante la era feudal, muchos *bushi* conocían y practicaban, al igual que los miembros de otras clases de la sociedad japonesa de la época (e incluso antes), varios métodos para golpear eficazmente a un oponente en combate a fin de conseguir su sometimiento sin recurrir al empleo de armas mecánicas ni de técnicas de combate distintas a los golpes o a las patadas, o a ambos.

El hecho de golpear (es decir, dar puñetazos, patadas, etc.) ha sido calificado a menudo como la más antigua y espontánea de todas las artes de combate. Sin embargo, en Japón durante la era pre-Tokugawa, las artes o métodos de golpear no parecen haber estado tan especializadas o tan sistemáticamente agrupadas como ciertos métodos antiguos de boxeo y de dar patadas que según parece se usaron en el continente asiático durante el mismo período, métodos que (según la doctrina del bujutsu) influyeron vigorosamente en muchos sistemas japoneses de combate basados en la funcionalidad predominante de los brazos y las piernas del hombre empleados como armas de percusión. Además, en el Japón pre-Tokugawa, estos sistemas parecen haber sido una parte integral de métodos de bujutsu más globales y diversificados (tanto con armas como sin ellas), aunque aparentemente en un sentido subordinado.

En esta función subordinada, el arte de golpear aparece en casi todas las especializaciones importantes de bujutsu. Muchos de los *kata*, o ejercicios formales, todavía practicados en las escuelas restantes de naginatajutsu, yarijutsu y otras artes, nos dan ejemplos todavía hoy de aquellos diestros movimientos de bloqueo y extensión que pueden emplearse para debilitar o destruir la guardia de un oponente y preparar así el camino para dar golpes sin obstáculo alguno con los codos o las rodillas desde el interior o desde debajo de esa guardia. A la luz de los documentos disponibles, ciertamente no es



Comandante de campo, siglo XVII



Líder de guerreros, siglo XIV

(lanzas) y *naginata* (una alabarda o lanza con una hoja parecida a la de una espada). Es asimismo lamentable que algunos guerreros, excesivamente deseosos de alcanzar la fama e ignorantes del destino que les aguardaba, se pusieran *yoroi* (armaduras) demasiado pesadas para ellos y encontraran de este modo una muerte prematura (Arai, 75-76).

Con el tiempo se llegó a un compromiso entrelazando hábilmente una combinación de materiales que, al desviar las espadas, las flechas o las balas de los mosquetes, ofrecían una máxima protección contra la penetración, siendo al mismo tiempo relativamente ligeros y fáciles de llevar. De este modo, la necesidad de protección se equilibraba con el énfasis puesto en este otro factor tan importante para el combate: la movilidad (y su concomitante facilidad para zafarse). En consecuencia, cuando en el siglo XVI se introdujeron las armaduras europeas en el Japón, sólo algunas piezas escogidas, tales como la faja y el protector del pecho, fueron aceptadas de forma tentativa, y ni siquiera éstas se hicieron nunca muy populares.

Entonces, ¿qué es lo que admiramos en los museos modernos de las armaduras fantásticamente elaboradas? La respuesta a esta pregunta se encuentra en clásicos japoneses tales como el *Honcho Gunkiko*: «no es por capricho que grandes generales (*taisho*) se hagan confeccionar un cierto número de estas imponentes armaduras y que vayan a caballo llevándolas puestas para levantar la moral de sus hombres» (Arai, 76). Pero, Hakuseki continúa y concreta, «otra cosa sería si tuviesen que protegerse».

El sistema de encajar (*odoshi*) las piezas grandes y las piezas pequeñas, de recubrirlas con cota de malla, tela enguatada, seda, cuero y similares, se convirtió en un arte en sí mismo (*odoshi-gei*). Gracias a la selección de colores o a los modelos de encaje empleados, los *bushi* podían distinguir un estilo de

tades, puesto que en el índice alfabético los términos usados con más frecuencia en las artes marciales para definir e ilustrar sus características funcionales están relacionados junto con el número de la página en que aparece cada término por primera vez en el texto principal y donde se explica brevemente su significado y/o se ilustra. Decididamente más difíciles de resolver son los problemas doctrinales –es decir, problemas que aparecen debido a referencias contradictorias (directas e indirectas, antiguas y modernas, en la lengua original y en la traducción) a las especializaciones de la experiencia japonesa en el antiguo arte del combate.

Entre las fuentes directas de información usadas en la compilación de este libro están las traducciones de registros contenidos en rollos de pergamino (*makimono*) y manuscritos pertenecientes a maestros y representantes de escuelas particulares de artes marciales, cuyos fundadores fueron lo suficientemente valerosos como para desafiar la secular costumbre japonesa del secreto y el exclusivismo para añadir los resultados de sus experiencias, tal como lo expresó Yamashita, «al fondo común de conocimiento» de toda la raza humana. Una información directa de particular valor para cualquier estudio de bujutsu armado se facilita mediante un estudio de las enormes colecciones de armas y armaduras disponibles en los principales museos y galerías de arte del mundo, así como de piezas de interés en poder de coleccionistas privados. Las fuentes indirectas de información sobre bujutsu, en general los textos y tratados clásicos, religiosos y filosóficos japoneses, así como poemas y crónicas de la nación –principalmente obras que se ocupan de aspectos de la cultura de la nación distintos a los militares, pero que contienen oblicuas y con frecuencia altamente iluminadoras referencias a la especialización del bujutsu.

Todas estas fuentes son igualmente vitales porque se integran, se confirman o se modifican unas a otras, ayudando de este modo al estudiante de bujutsu a determinar sus grados respectivos de fiabilidad, autenticidad histórica y, en consecuencia, su utilidad para cualquier programa de investigación e interpretación. En la realización de tal investigación, se hace evidente que la doctrina de las artes marciales japonesas es heredera de ese común defecto de toda doctrina ideada por los hombres; es decir, cuanto más profundamente penetra la investigación en el pasado, más difícil resulta distinguir la realidad de la ficción. Las crónicas japonesas de la antigüedad son particularmente susceptibles de interpretaciones animistas y místicas de los hechos, y esta tendencia

mantenimiento de la paz en el reino (así como para mantener a las otras clases de la nación en un estado de subyugación), se habían vuelto cada vez más autosuficientes y, al final, se habían alejado del emperador y de sus nobles.

Debido a esta falta de control centralizado, los «barones» feudales habían podido aplicar e incrementar la presión de su estrangulamiento sobre la corona y sobre todas las otras clases de súbditos japoneses que se les cruzaban en el camino, desplazándolos así efectivamente a todos. Con el tiempo, el único obstáculo resultaron ser ellos mismos y sus ambiciones individuales. Para los Tokugawa, los gobernadores feudales (de cuyas filas habían emergido) fueron, y siguieron siendo siempre, la principal fuente de problemas puesto que poseían y gobernaban feudos independientes, mantenían sus propias cohortes de guerreros y tenían la riqueza necesaria para financiar aventuras armadas. Era no sólo concebible sino, en una era de desenfadada inestabilidad política y turbulencia militar, una relevante posibilidad que estos daimio pudieran, si se les dejaba solos, incrementar y organizar sus propias fuerzas militares más allá de los límites considerados prudentes por el gobierno central en Edo. Esas fuerzas, a su vez, podían emplearse para derribar a los Tokugawa según el antiguo y famoso principio de desplazar al superior a fin de hacer sitio para el inferior (*gekokujo*), un principio del juego político que se había convertido casi en trivial durante los tiempos pre-Tokugawa y que los mismos Tokugawa habían aplicado en varias ocasiones.

En consecuencia, si por un lado estos daimio eran no sólo los poderosos líderes de clanes militares, sino también los principales instrumentos de control indirecto sobre el país en general, por otro lado, tal como escribió Tsukahira, «debilitarlos y dividirlos se convirtió en la principal preocupación de los primeros Tokugawa» a fin de mantener ese control. Las medidas adoptadas por el *bakufu* de Edo para este propósito fueron muchas y completas. Se establecieron diferencias en el tamaño de los feudos, en los ingresos y en el rango en la corte del shogún en Edo para crear barreras artificiales entre los daimio, y, naturalmente, «los celos y rivalidades mutuos se procuró mantenerlos vivos y alentarlos» (Tsukahira, 27). La continua e intensa vigilancia por parte de los siniestros censores del shogún (*metsuke*) sobre los diversos daimio (cuando se presentaban periódicamente en Edo, cuando se hallaban en casa en sus propios territorios, o incluso de viaje de un sitio al otro) aseguraba que sus actividades fuesen adecuadamente examinadas por el shogún de modo regular y continuado. Por último, su presencia obligatoria en la corte del



KISERU



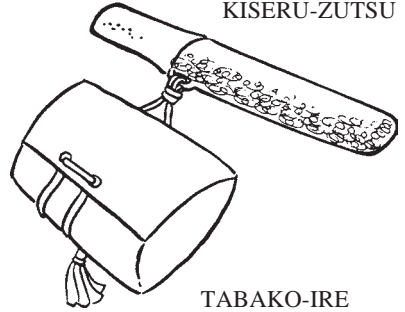
KISERU-ZUTSU



SUIKUCHI

RAO

GANKUBI



TABAKO-IRE



tales armas, tal como muchos desprevenidos *bushi* descubrieron a su pesar. Los *yamabushi* usaron estas hachas desnucadoras en el fragor de la batalla, haciéndolas girar a alturas cambiantes, o en encuentros individuales, usando el palo de acuerdo con las reglas técnicas aplicables al *naginatajutsu* y al *jojutsu*.

Ninguna colección de armas japonesas está completa sin ejemplos de aquellas antiguas armas de eyección, los arcaicos predecesores de las armas de fuego, que los nativos desde Sudamérica hasta Borneo, Sumatra, Tailandia y otros lugares han usado y perfeccionado hasta un alto nivel de eficacia letal. En el Japón feudal encontramos también estas armas en varias formas. La cerbatana larga, que podía servir como palo, era bastante común. Los asesinos también usaban cerbatanas cortas que podían disimularse con facilidad. También se menciona especialmente el *metsubishi* o el *gantsubushi*, una peculiar cerbatana de pimienta «que antes llevaba la policía japonesa para arrojar pimienta o polvo a los ojos de una persona que deseaban capturar [...] Es una laca, o caja de hojalata con una ancha boquilla en un lado y un agujero, o tubo, en el otro a través del cual poder soplar la pimienta» (Stone, 499).

e impulso para este fin. Sus lanzas se rompían con frecuencia al hacer contacto, obligándoles a recurrir a las hachas, las mazas o a incómodas espadas cuando batallaban contra un enemigo protegido con una armadura o contra aquellas cohortes de siervos armados ligeramente empleados como infantería durante los comienzos de la era feudal en Europa. En oriente:

Todas las armas empleadas eran mucho más ligeras y más manejables; las lanzas eran más cortas, ligeras y bien equilibradas; las espadas eran de mejor calidad y estaban mejor adaptadas para su uso en distancias cortas. Tanto las espadas como las lanzas tenían como finalidad cortar y perforar, y las armas para aplastar, mazas y hachas eran mucho más ligeras y no se utilizaban tanto. (Stone, 430)

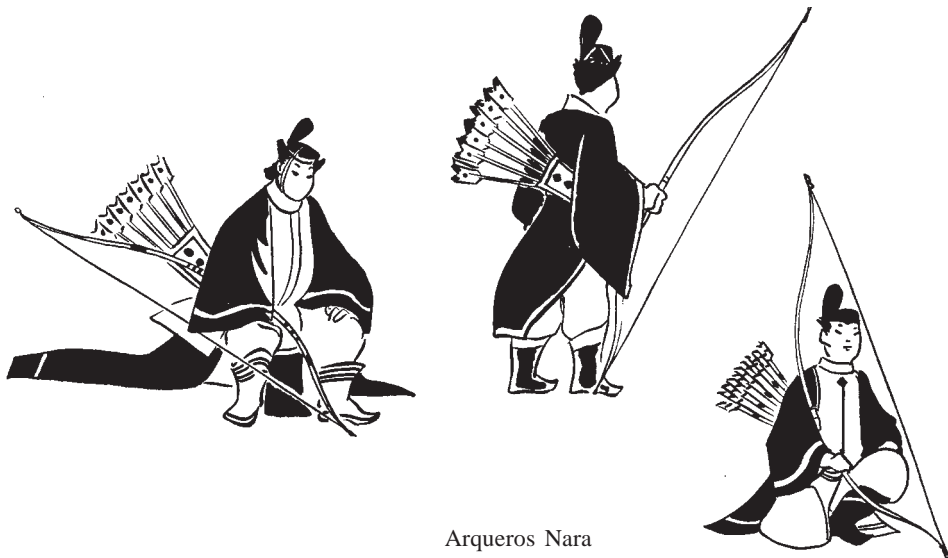
Este escritor menciona también el clima como un importante factor para determinar las diferencias entre las armaduras occidentales y orientales en la edad media.

En general, parece que los japoneses consideraron siempre la protección excesiva como la antítesis de la funcionalidad estratégica, y que reconocieron, con razón, que un impacto directo, de una flecha o (después del siglo XVI) o de una bala, era capaz de perforar cualquier tipo de armadura que razonablemente podía esperarse que llevara un hombre. Este ampliamente difundido fatalismo, en efecto, se refleja en las líneas siguientes de *Honcho Gunkiko*:

Esos *sane* (láminas de metal) que no son perforados por las flechas no pueden resistir las balas de los mosquetes, y los que resisten dichas balas son perforados por las flechas. Tanto los blandos como los duros tienen sus puntos fuertes, pero es difícil hacer nada que reúna los puntos fuertes de ambos. Es decir, que parece un empeño casi futil cubrirse con una armadura. ¿Elige o puede elegir un guerrero que está luchando en el frente, en medio de armas arrojadas, entre flechas y balas de mosquetes? Incluso en el caso de ponerse diez placas de hierro una sobre otra, o incluso veinte placas, debería haber espacios entre las placas; de lo contrario, quien llevase puesta la armadura no podría mover su cuerpo. Pero si hay aberturas, ahí es exactamente donde el enemigo tratará de atacar. No son sólo estas armas arrojadas las que perforarán la armadura; también se emplean *tachi* (espadas), *toshi* (puñales), *yari*

feudal con fines de preparación militar en métodos de integración universal que buscaban el logro de una posición equilibrada en el centro de la realidad y una participación en su coordinada e ilimitada energía. Así, el bujutsu podía convertirse también en una disciplina de integración ideada para profundizar en el desarrollo de la personalidad de un hombre mediante la adopción de un determinado punto de vista filosófico relativo al significado de la existencia y al papel del hombre dentro de su marco. Con este propósito en la mente, el bujutsu se usaba para ayudar al hombre a satisfacer las exigencias de esa función. Las filosofías existentes tras la práctica podían tener un alcance y una naturaleza muy amplios: político-religiosos, si eran fuertemente sintoístas; religiosos y metafísicos en la interpretación budista; psicológicos y existencialistas, como en el zen; cósmicos o eugénicos, como en el taoísmo, y otros. La integración, por tanto, podía buscarse en casi todos los niveles; podía ser personal, social y espiritual; podía estar centrada sobre el hombre en particular o expandirse hasta abarcar su cosmos. Podía, en síntesis, ser particular o universal. En cualquier caso, esta interpretación consideraba al bujutsu como un sistema ético no estrictamente relacionado sólo con el combate o con representaciones de combate, sino con una filosofía, un «camino» que el ideograma *do* (tal como se ha señalado antes) identifica más específicamente dentro de la doctrina.

Casi todas las artes importantes de bujutsu se han aplicado, en uno u otro momento, en este sentido (es decir, como disciplinas religiosas o filosóficas de integración para el desarrollo de la personalidad). La práctica del tiro con arco (kyudo), por ejemplo, ejecutada según las reglas antiguas del *haragei* en una condición de centralización abdominal y de extensión del poder, podía ayudar a un hombre a silenciar la turbulencia fenoménica de su realidad interna y externa, permitiéndole de este modo alcanzar una comprensión preliminar de sí mismo, de sus límites y posibilidades, así como una valoración realista del control que podía ejercer sobre sus propias respuestas emocionales e intelectuales a la realidad. Sólo entonces podía enfrentarse provechosamente a esta realidad, con otro hombre, de modo que ambos pudieran vivir y prosperar en la equilibrada y centralizada armonía de la vida. A este nivel, sin embargo, el arte del arco y de la flecha deja de ser un arte marcial y, como la ceremonia del té (*chan-no-yu*), entra en aquellos dominios de la introspección en donde los *bujin* y el combate se convierten únicamente en recuerdos lejanos de una dimensión primitiva, ritualizada y por último transformada en una filosofía, un



Arqueros Nara

arcos (*chado-kake*) estaban asimismo representados de forma destacada en las casas de los *bushi* de alto rango.

Al buscar los orígenes de este arte, parece que emergió con la aparición del caballero japonés a caballo: el noble militar. El arquero (*ite*), también llamado poseedor del arco (*yumi-tore*), era, de hecho, «un guerrero de rango en el Japón antiguo. El arco y la espada larga eran las armas de los nobles; los soldados comunes usaban la lanza y la espada corta» (Stone, 682). El *kyujutsu* estaba realmente considerado «como una rama esencial de la educación de los nobles, y el hábito de disparar montando a caballo y desplazándose con rapidez, para lanzar una flecha con precisión en cualquier dirección, se cultivó diligentemente» (Gilbertson[1], 112). La palabra «nobles» en este contexto, sin embargo, no hace referencia solamente a los aristócratas militares, es decir, a los *buke* que aparecieron durante y después de los siglos IX y X, sino también a aquellos nobles más antiguos, los *kuge*, quienes trazaron su linaje a espaldas de los clanes líderes. Las luchas de los arqueros montados a caballo era especialmente admirada en la corte de los nobles durante el periodo Hein. Durante este periodo se desarrolló y perfeccionó el sistema básico de entrenamiento de los arqueros. Inevitablemente, este método fue adoptado por los ambiciosos guerreros de la era siguiente, regalando a menudo a sus hijos, cuando eran pequeños, caballos hechos con tallos de bambú y un arco (Kaigo, 21). El programa de entrenamiento para arqueros consistía en repetidos intentos por alcanzar objetivos fijos y móviles mientras iban a pie o a caballo. Los principales objetivos fijos eran el objetivo grande (*o-mato*), el objetivo-ciervo (*kusajishi*) y el objetivo redondo (*marumono*). El primero, según Kaigo, se ponía a una distancia equivalente a la longitud de 33 arcos y medía unos 157 cm de diámetro. El segundo consistía en una silueta de ciervo cubierta con